



Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Los eslabones rotos

Una persona a la que en la CIA denominan *mister YZ*, ha ideado un plan para conseguir la paz mundial. La CIA le tiene custodiado y pretenden que nadie sepa nada de él, excepto los dirigentes mundiales que van a reunirse en una conferencia para sopesar el plan de paz.

Pero inopinadamente aparecen unas fotografías de este hombre y tío Charlie encarga a Brigitte que descubra quién es el traidor que las ha hecho.



Lou Carrigan

Los eslabones rotos

Brigitte en acción - 213

Archivo Secreto - 223

ePub r1.1

Titivillus 27.08.2020

Lou Carrigan, 1975
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Las últimas noticias

Maxwell Randall estaba hojeando el último ejemplar de la revista *Playboy* cuando zumbó el llamador del teléfono interior del edificio en el cual ocupaba uno de los apartamentos, de la parte del interior de la manzana, es decir, de los pequeños…, y más baratos, por consecuencia.

Se puso en pie inmediatamente, fue hacia la puerta, y descolgó el auricular.

—¿Sí?

—Señor Randall, soy Desmond: acaba de llegar una carta para usted, y he pensado que puede ser la que está esperando.

—Ah… Seguramente, Desmond. Muchas gracias. Voy a bajar ahora mismo a recogerla…

—¿Quiere que se la suba yo?

—Bueno, muchas gracias.

—Ahora mismo voy.

—Estupendo.

Maxwell Randall colgó, frunció el ceño, como cada vez que pensaba en todo aquel extraño asunto, y acabó por encoger los hombros. Al demonio: le pagaban bien por hacer una cosa sencillísima, y que además le parecía no poco tonta, de modo que no iba a complicarse la vida intentando encontrar explicaciones…, que por otra parte le importaban un rábano. Lo único que le importaba de aquel asunto eran los dos mil dólares que ya había cobrado. Lo demás, pues eso: ¡al demonio!

Echó un vistazo por la mirilla gran angular, y a los pocos segundos vio detenerse el ascensor, y salir de él a Desmond, el portero de los apartamentos. Esperó a que se acercase, y entonces abrió, sin esperar a que llamase.

El portero era un hombre de mediana edad, calvo, con lentes, de

expresión simpática y feliz. Sonrió ampliamente.

—Caracoles, señor Randall, deben ser noticias muy importantes, a juzgar por su interés.

—Seguro que sí, Desmond —sonrió Maxwell—. Gracias por subírmela. Hey, luego se pasa por Harry's, y se toma una cerveza a mi cuenta.

—No lo he hecho por eso. Como usted…

—Ya lo sé, hombre. Pero… ¿a quién le sienta mal una cerveza?

—A mí, no —rió Desmond—. Gracias, señor Randall. Hasta luego.

—Hasta luego, Desmond.

El portero regresó al ascensor, y Maxwell cerró la puerta y volvió al pequeño saloncito donde había estado esperando. Miraba la carta con curiosidad que esperaba satisfacer muy pronto, ya que iba dirigida a él, y, por tanto, tenía perfecto derecho de abrirla. ¿Qué podía contener aquel sobre, respecto al cual tenía instrucciones tan concretas?

Pronto lo sabría.

Lo abrió, sacó la hoja de papel doblada en cuatro, y alzó las cejas, al verla en blanco. Ni una sola letra. Lo que sí había, en el pliegue de la hoja, era otro sobre, mucho más pequeño, cerrado, y también en blanco. Una vez más, Maxwell Randall frunció el ceño, miró la hoja en blanco, el pequeño sobre… Bien, esto era lo que debía enviar a la dirección que se le había facilitado, desde luego, pero había esperado alguna explicación más, algo aclaratorio…

—Al demonio.

Sobre la mesita donde estaba el teléfono, había también un sobre en blanco, en el cual introdujo Maxwell el pequeño que había recibido, tras mirarlo al trasluz, en vano intento de ver algo. Todo lo que vio fue una forma negra, simplemente.

En el sobre que había tenido preparado, y en el cual acababa de introducir el pequeño recién recibido, escribió:

KENT GRIFFIN
18, Vandam Street
NEW YORK CITY

Durante unos segundos, estuvo contemplando su propia letra

indicando nombre y señas del tal Griffin, al que no conocía en absoluto. Volvió a encogerse de hombros, descolgó el teléfono, y marcó un número.

—¿…?

—Soy Randall. He recibido el sobre, y lo tengo todo listo para reenviar su contenido a la dirección convenida.

—¿Media hora? Está bien, de acuerdo. ¿Eso es todo?

—Vale. No se preocupe, no olvido nada. Adiós.

Colgó el auricular, tomó el sobre que él había recibido, y fue al cuarto de baño. Allí, quemó el sobre, dejando que las cenizas fueran cayendo en el lavabo, y después abrió el grifo, de modo que el agua se llevó las cenizas, dejando completamente limpio el lavabo.

Regresó al saloncito, se puso la chaqueta, se enderezó la corbata…, y se sentó. Media hora. Debía esperar media hora. Bueno, seguiría distrayéndose con *Playboy*…

Media hora más tarde, después de mirar varias veces su reloj, Maxwell Randall se puso en pie, se tocó el bolsillo donde había guardado el sobre, y fue hacia la puerta. Llamó el ascensor, bajó al vestíbulo, que cruzó saludando a Desmond alzando un brazo, y salió a la calle, sacando del bolsillo el sobre que debía introducir en el buzón cercano a su domicilio. Tan cercano que ni siquiera había sesenta yardas.

Llegó al buzón de la US Mail, metió la carta en la ranura que indicaba City, se sacudió las manos, y se volvió. Desmond estaba en el portal, mirándolo. Debía estar no poco intrigado, desde luego, ya que era la primera vez, en mucho tiempo, que Maxwell Randall recibía correspondencia. ¿Por qué a todo el mundo le gusta enterarse de las cosas de los demás?, pensó Maxwell. Y acto seguido pensó que Desmond era un sujeto simpático y servicial, y que quizá aquél era un momento estupendo para ir juntos a Harry's, y tomarse aquella cerveza prometida…

Un coche se detuvo a su altura, junto al bordillo, y una voz brotó de su interior:

—Randall, ¿lo ha hecho?

Maxwell se inclinó un poco, vio a la persona que estaba al volante del coche, y se acercó, inclinándose más para meter la cabeza por la ventanilla.

—Sí —dijo—. Ahora mismo acabo de echar al buzón mi carta.

Aunque a esta hora no sé si recogerán; quizá esa carta no sea cursada hasta mañana.

—No se preocupe por eso. Lo ha hecho bien.

Al mismo tiempo que recibía este elogio, Maxwell Randall vio la pistola con silenciador en la enguantada mano. Sus ojos se dilataron por el asombro, su boca se abrió…

Plop, plop, plop…

Maxwell Randall ya no recibiría más cartas, ni noticias de ninguna clase.

Capitulo primero

—Esto es lo que yo llamo buenas noticias de verdad —dijo la señorita Montfort—. Y añadiré algo: Henry Kissinger es maravilloso. Además, queda demostrado que merecía el Premio Nobel de la Paz.

—Evidentemente —asintió Miky Grogan, director del *Morning News*—. Pero no olvide, Brigitte, que, a fin de cuentas, el señor Kissinger es sólo un mandatario del Presidente de Estados Unidos, y que es éste quien toma las decisiones.

—De acuerdo en eso. Pero las cosas parece que se suavizan cuando interviene el señor Kissinger… ¿No estás de acuerdo, Frankie?

La señorita Montfort, sentada en uno de los sillones del despacho de Miky Grogan, miró a Frank Minello, jefe de la Sección Deportiva del *Morning News*, en el cual trabajaban ambos. Pero Frank Minello pareció no haberla oído. Simplemente, la miraba… Miraba el bellísimo rostro de Brigitte Montfort, o las sensacionales piernas, o sus delicadas manitas, que parecían de oro, como toda su piel… Sí, la señorita Montfort parecía hecha de oro y de sol. Y siempre tan, tan elegante y sobria. Aunque llevase minifalda, ella estaba elegante. ¡Y qué ojos, tan grandes, tan luminosos, tan azules, tan…! ¿Y la boquita? Sonrosada, siempre como a punto de dar besitos, tan dulce, tan delicada, tan tierna… Los hombros perfectos, los brazos perfectos, las piernas perfectas, el rostro perfecto… No una perfección fría y sosa, sino una perfección cálida, sugestiva, encantadora. Era la más deliciosa muñequita del mundo. Siempre y cuando no se convirtiese en la agente Baby, la espía más peligrosa del mundo, a las órdenes de la CIA. En este caso, uno nunca sabía lo que podía esperar de Brigitte Montfort.

Pero cuando era solamente la periodista, resultaba tan dulce, tan…

—¡Frankie! ¿No me has oído?

—¿Eh? —respingó Minello saliendo de un sueño maravilloso—. ¿Qué, quién, cuándo, cómo, dónde…?

La divina señorita Montfort chascó dos deditos ante sus ojos.

—Frankie —pareció cantar—, Frankie, querido, soy yo, tu amada Brigitte, tu amorcito adorado… Fraaaankiiiieeee…

—Te veo —aseguró Minello—. ¡Te veo! ¡Te veo siempre, te sueño siempre, y tu belleza me deja mudo y sordo, no existe nada en el mundo para mí, cuando mis ojos se llenan de tu belleza que…!

—Ya está este cretino otra vez con sus idioteces —masculló Miky Grogan.

—¿Llama usted idioteces a las loas que hago a la belleza celestial de mi amada? —lo miró torvamente Minello.

—Vete al cuerno, bobo —gruñó Grogan.

—Al cuerno…, ¿de quién? Porque hay muchos cuernos por ahí, jefe. Usted mismo está casado, ¿verdad?

Miky Grogan parpadeó, confuso un instante. Luego, de golpe, enrojeció tan intensamente que su rostro quedó en verdad rojo-intenso-tomate, y no en sentido figurado. Tan, tan, tan rojo que hasta el propio Minello comenzó a asustarse de sus palabras: esta vez, había ido demasiado lejos, claro…

—Frankie —se llevó Brigitte las manitas a la cabeza—, por el amor de Dios, hombre…

—Bu… bueno, es que… es que… ¡Demontres, que no me insulte, y yo no diré barbaridades! ¿Por qué ha de decir que soy un cretino, un idiota y un bobo? ¿Es ser cretino, idiota y bobo admirar tu belleza sin igual en el mundo entero? ¿Eh? ¿Eso es ser cretino, idiota y bobo?

—Zambomba —rió Brigitte—, yo diría que eso es ser muy listo y tener buen gusto, la verdad. ¿Se encuentra bien, Miky?

Grogan, todavía como paralizado, parecía ir recobrándose lentamente. Su rostro volvía al color natural, su boca se relajaba… Por fin, abatió los hombros, de golpe, y dejó caer la cabeza.

—Este pedazo de bruto acabará conmigo —musitó.

—Y un rábano —refunfuñó Minello—. Hace años que siempre está con el cuento de la úlcera, del miocardio ese, y yo qué sé cuántas tonterías más, pero no acaba de morirse: al contrario, cada día se le ve más fuerte. ¡Un poco de formalidad, hombre…!

Decídase de una vez: ¿se muere o no se muere?

Ahora, Miky Grogan palideció, mientras Brigitte volvía a llevarse las manos a la cabeza.

—¡Eres un bárbaro! —exclamó—. ¿Cómo se te ocurre decir esas cosas? Si Miky se muriese, yo tendría que vestirme de negro, aunque sólo fuese unos días…, y no me gusta el color negro. Quiero decir que hay otros colores que me gustan más.

—Ustedes… ustedes dos se están burlando de mí —jadeó Grogan —. ¡Los dos se están burlando de mí!

—Un poco —admitió Brigitte, risueña—. Y se lo merece, Miky, por hacer caso a las tonterías que dice Frankie. ¿Quiere saber lo que me dijo, cuando regresé de mi último viaje?

—¿Qué… qué le dijo? —se espantó Grogan.

—Pues me dijo: ¡Negra, dame tu sangre, que estoy sediento de amor!

—¡Animal! —exclamó Grogan.

—No, señor —protestó Minello, muy risueño—. Si acaso un poco vampiro. Y hablando de vampiros, voy a chuparle a Brigitte el cuello hasta que…

—¿Y por qué no se lo chupas a Miky, que está más gordito y, por tanto, debe tener más sangre? —rió Brigitte.

—¡Puag! —se llevó Minello las manos al estómago, poniendo cara de asco—. ¡Puag, puag, puag!

—¡Escucha! —se puso en pie Grogan—. ¡Ya estoy…!

—Estábamos hablando del señor Kissinger —orientó Brigitte la conversación por cauces más serios—. ¿A ti no te parece un hombre admirable, Frankie?

—¿Quién?

—Henry Kissinger, hombre.

—¿Y ése quién es? Ah, sí… El sujeto ése de los lentes que siempre anda por ahí en avión, ¿no? ¿Y por qué tiene que parecerme admirable?

Brigitte y Grogan cambiaron una mirada. Luego, la divina periodista-espía suspiró, se puso en pie, y dijo:

—Me parece que ya es hora de que nos retiremos a descansar. Son las… —miró su relojito— tres y cuarto de la madrugada, y una chica decente debe estar en su camita a estas horas.

—¡Tengo más mala suerte…! —se quejó Minello.

—¿Tienes mala suerte? ¿Por qué, Frankie?

—Porque si tú no fueses decente… ¿eh? —guiñó un ojo—. ¡Si tú no fueses decente…!

—¿Qué?

—Pues que… ¡Zambomba, la que íbamos a armar esta noche! ¡Si yo pudiese…!

Toc, toc, sonó la llamada a la puerta encristalada del despacho de Grogan, interrumpiendo a Minello. Los tres miraron hacia allí, pero, como el resto de la planta estaba a oscuras, no pudieron distinguir ni siquiera la silueta de quién llamaba, a través del cristal.

—Pase —autorizó Grogan.

La puerta se abrió, y la persona que había llamado entró. Al verla, Minello se llevó las manos a los ojos, como queriendo evitar una horrenda visión.

—¡Oh, no! —gimió—. ¡Y yo estaba hablando de armarla…! ¡Tenemos aquí nada menos que al buitre de la CIA! ¡Y viene a ver si convierte en carroña a Brigitte, para comérsela!

Charles Alan Pitzer, detenido en el umbral, miraba torvamente a Minello, que gemía y se lamentaba. Por fin, mascullando algo, el jefe del Sector Nueva York de la CIA, desvió sus astutos ojos hacia Brigitte, y luego hacia Grogan.

—Buenas noches —saludó—. ¿Qué tal, Grogan?

—Bien… Bien. ¿Qué ocurre? —un destello de alarma y al mismo tiempo de interés apareció en los ojos del director del *Morning News*—. ¿Ha venido a buscar a Brigitte?

—Así es. Llamé a su apartamento, y Peggy me dijo que debía estar todavía aquí. Es urgente, Brigitte.

—Tiene hambre —sollozó Minello—. ¡El viejo buitre tiene hambre, es urgente…! ¡Huye, Brigitte, yo protegeré tu retirada! ¡Le voy a cortar las alas al buitre carroñero…!

—Yo sí que le voy a cortar a usted la lengua algún día, Minello —dijo fríamente Pitzer—. Y no le garantizo que no se me vaya la mano, y en vez de la lengua le corte el cuello.

—¡Zambomba, qué mala uva tiene el buitre! ¿Verdad, Brigitte?

—La verdad, Frankie —replicó plácidamente Brigitte es que hoy estás agotador, insoportable.

—¿Tú me dices eso? —gimió Minello—. ¿Tú?

—Yo.

—¡Ay, mísero de mí, qué desdichado soy…! ¡Mi amor no puede soportarme, voy a terminar con mi vida…! ¡Me suicidaré, me mataré, me…! ¿Qué hacen?

Se quedó mirando de Grogan a Pitzer, y viceversa, sobresaltado. Grogan le tendía un formidable abrecartas de hoja de acero, y Pitzer una pequeña pistola con silenciador.

—Me parece —rió Brigitte— que quieren colaborar en tu suicidio, Frankie.

—¿Sí? ¡Pues es una broma que no me ha hecho nada de gracia!

—Pero si no es broma, hombre —dijo melosamente Grogan—. Vamos, decídete, ¿te suicidas o no te suicidas?

—Sólo lo haré si me lo pide Brigitte… ¿Tú me lo pides, amor de mi vida?

—Claro que no, Frankie, querido —se le acercó ella—. Pero voy a pedirte algo que te resultará todavía más doloroso… Aunque, si realmente me amas, por doloroso que sea, lo cumplirás en seguida.

—¿Si realmente te amo? ¡Pídeme lo que quieras! ¡Yo te demostraré si te amo o no te amo! ¡Pídeme lo que sea!

—De acuerdo —Brigitte le besó en ambas mejillas, y luego pasó sus deditos por ellas, cariñosamente—: vete a dormir, Frankie.

—Buenas noches a todos —dijo Minello, dirigiéndose hacia la puerta.

—Frankie —llamó ella—: ¿podrás conducir bien?

—Sí… Eso sí, no te preocupes. Buenas noches, mi amor.

—Buenas noches, dulce corazón.

Frank Minello se marchó, y Brigitte volvió a sentarse. Miky Grogan, que la miraba pasmado, murmuró, por fin:

—Sólo usted podía conseguirlo, Brigitte. Santo cielo, hoy estaba como nunca, ese bruto de Frankie… ¡Hasta parecía drogado, y si no le conociese bien…!

—Está drogado —dijo Brigitte, muy suave.

—¿Quién? —respingó Grogan—. ¿Frankie? ¡Vamos, Brigitte…!

—Lo está —insistió ella—. Usted le pidió un artículo especial sobre el *doping* y sus peligros, si se toma en cantidad excesiva, ¿recuerda, Miky? Y aparte de todos los queridísimos defectos de Frankie, nadie va a dudar, aquí, que es un gran periodista deportivo. ¿O no lo es?

Miky Grogan palideció.

—¿Quiere… decir que… que Frankie se… se ha drogado para… para presentarme un artículo… digno del *Morning News* sobre esa cuestión?

—Sí. Ha estado en su club, drogado, boxeando más de una hora, y luego ha venido aquí, ha escrito su artículo en borrador, y quería que yo lo leyese para conocer mi opinión. Tendrá que esperar a otro momento para conocerla, ¿verdad?

Miky Grogan se pasó una mano por el rostro, y quedó silencioso. Pitzer refunfuñó algo, y Brigitte le miró vivamente.

—¿Decía usted, tío Charlie…?

—Digo que lo siento —masculló Pitzer.

—A Frankie le gustará saber eso. ¿Qué quiere usted de mí, a las tres y media de la mañana?

Pitzer sacó un sobre del bolsillo, se sentó en el sillón que había estado ocupando Minello, y miró a Grogan.

—Grogan, esto no es publicable todavía —susurró.

—Está bien.

No hubo más comentarios. Y Pitzer sabía que no debía insistir: hacía años, Grogan le había sugerido que en su periódico tenía a una «muchachita» que quizá pudiese servirle a la CIA, y muy poco después, bajo las primeras enseñanzas de Charles Alan Pitzer, la «muchachita» que le había presentado su amigo Grogan había empezado a volar sola, hasta convertirse en la espía más peligrosa del mundo. No, No era probable que Miky Grogan cometiese la más pequeña indiscreción en torno a Brigitte Montfort, y, por tanto, a cualquiera de sus trabajos para la CIA.

Brigitte miraba el sobre que Pitzer tenía en la mano, pero no hizo intención de cogerlo. Simplemente, esperaba.

—Veamos si consigo empezar por el principio —murmuró Pitzer —. ¿Conoce usted a *mister* YZ?

—Sólo de nombre —replicó Brigitte—. Un nombre que no es propiamente un nombre, claro, sino una… nominación clave, utilizando las dos últimas letras del abecedario. ¿O quizá es un nombre?

—No. Es lo que usted ha dicho. Pero dígame: ¿cómo conoce usted la existencia de *mister* YZ?

La divina espía sonrió angelicalmente.

—No hace mucho, tío Charlie, quedó demostrado que yo tengo mis propios canales de información dentro de la misma CIA… Y no creo que ni siquiera usted espere que le diga cuáles son esos canales informativos.

—No… No, no. Está bien. Bueno, veamos: *mister* YZ es un personaje que apareció, de pronto, en Estados Unidos, la CIA, se hizo cargo de él, y se le ha mantenido apartado de todo. Nadie le conoce, y, teóricamente, nadie debería tener ni tan siquiera conocimiento de su existencia. Así lo ha decidido la CIA, y, durante semanas, lo ha conseguido. Estas semanas han servido para que *mister* YZ pusiese a la CIA al corriente de ciertas… proposiciones suyas, muy interesantes, basadas en seis puntos, mediante los cuales, sumando factores políticos, militares, estratégicos, sociales y no sé qué más cosas, se puede conseguir, en menos de un mes, la paz total y definitiva en el mundo…

Brigitte irguió vivamente el busto.

—Por Dios… ¿Qué dice usted? —exclamó.

—Digo lo que se ha ordenado que le diga a usted. Pero no me pregunte más cosas, porque no sé más.

—La paz mundial, total y definitiva —murmuró Grogan—. Eso es una utopía, Pitzer. Nadie puede conseguir eso.

—Quizá no. Pero la CIA ha escuchado durante semanas a *mister* YZ, y al parecer, está dispuesta a… estudiar la puesta en marcha de esos seis puntos propuestos por *mister* YZ. Con tal fin, dentro de unos días, no se me ha dicho cuántos, habrá una reunión en un lugar que tampoco me han dicho. En esa reunión estará *mister* YZ, representantes de la CIA, de la Casa Blanca, y enviados especiales de algunos países que, al parecer, han sido seleccionados por *mister* YZ. Rusia y China entre ellos, naturalmente…, aunque esto son suposiciones mías. Bien… De esa conferencia secreta, privadísima, es muy posible que salga un principio de acuerdo, que daría lugar a otra conferencia, ya no secreta, y de altísimo nivel, entre los dirigentes adecuados de todo el mundo. Y de esta última conferencia, *mister* YZ asegura que surgiría la paz total y definitiva para todo el mundo.

—Pero…, ¡ese hombre es maravilloso! —exclamó Brigitte, gozosa—. ¿Quién es, cuál es su nacionalidad, de dónde ha salido…? ¡Tío Charlie, yo tengo que conocer a ese hombre cuanto antes,

ponerme a sus órdenes incondicionalmente, ofrecerle… todo lo que yo pueda conseguirle…! ¡Todo! ¡Quiero conocerlo en el acto, y si la CIA me niega su permiso para…!

—La CIA, quiere que usted conozca a *mister* YZ —dijo Pitzer, tendiéndole entonces el sobre.

Brigitte lo tomó, y sacó las fotografías que contenía. Cuatro en total. En todas ellas se veía a tres hombres sentados en un sofá, conversando. Y no necesitó que Pitzer le dijese cuál de ellos era *mister* YZ, ya que conocía a los otros dos. Uno era el director de la CIA, otro, sentado en el otro extremo del sofá, era uno de los secretarios de la Casa Blanca. Por lo tanto, el que estaba sentado entre estos dos era *mister* YZ. Se quedó mirándolo, parpadeando…

—Decepcionante, ¿verdad? —susurró Pitzer—. Parece que un hombre con esas posibilidades de bondad, debería tener otro aspecto: más viejo, blancos cabellos que le darían aspecto noble, facciones arrugadas, mirada extraordinaria… En cambio, *mister* YZ es completamente vulgar… en su aspecto, claro.

Brigitte asintió con la cabeza, contemplando aquel rostro, que, pese al reducido tamaño de la fotografía, se distinguía perfectamente. *Mister* YZ podía tener entre cuarenta y cinco y cincuenta años, cabellos oscuros, facciones vulgares pero agradables… Nada extraordinario en ningún sentido, desde luego.

—Bueno —encogió los hombros la bellísima—, para… sigue siendo maravilloso. ¿No podían haberle tomado unas fotografías más grandes en la Central? Un primer plano…

—Esas fotografías no las ha tomado nadie de la Central. O al menos —Pitzer frunció el ceño—, no con permiso de la Central. Son fotografías de microfilme ampliadas, tomadas clandestinamente.

Capítulo II

La agente Baby, súbitamente alerta, se quedó mirando a su jefe de Sector.

—¿Qué quiere decir? —susurró.

—Estaba terminantemente prohibido tomar fotografías de *mister* YZ. Sin embargo, esas fotografías fueron tomadas en una de las reuniones secretas que varios personajes importantes sostuvieron con él, en cierto lugar Naturalmente, puesto que en la fotografía se ve ese lugar, sabemos en qué momento fueron tomadas las fotografías y qué personas formaban parte de la reunión…, pero no sabemos cuál de esas personas las tomó. En total, eran nueve los hombres que participaban en la reunión. Dos de ellos, esto es, nuestro director y ese secretario de la Casa Blanca, han sido descartados como fotógrafos, ya que aparecen en las fotografías. Así pues, nos quedan siete hombres a los que investigar.

—Uno de los cuales podemos considerarlo… como traidor, ¿no es así, tío Charlie?

—Bueno… Desconocemos los propósitos que ese hombre pueda tener al tomar las fotografías. Pero lo evidente es que ha incumplido las órdenes de mantener en el más estricto anonimato a *mister* YZ. Habría que encontrarlo y preguntárselo.

—¿Y se me encarga a mí ese trabajo?

—Es una investigación muy delicada… ¿Conoce a alguien mejor capacitado que usted para llevarla a cabo?

—No lo sé…, pero lo acepto. Cualquier cosa, relacionada con un hombre que dedica su tiempo a buscar la paz mundial, merece mi mayor interés. Por lo tanto, *mister* YZ cuenta con… Un momento —de pronto, Brigitte parpadeó, desconcertada—: ¿no dice usted que estas fotografías fueron tomadas clandestinamente?

—En efecto.

—¿Y que… no saben quién las tomó?

—No lo sabemos. Puede ser cualquiera de los siete sospechosos.

—Pero entonces…, ¿cómo han llegado estas fotografías clandestinas a manos de la CIA? A mí me parece absurdo que alguien corra el riesgo de tomarlas para luego enviárselas a la CIA. ¿No?

—Caramba —sonrió secamente Pitzer—, creía que se le estaba pasando por alto ese… pequeño detalle.

—Me parece que no comprendo, tío Charlie. ¿Me estoy volviendo tonta?

—No. Ahora, voy a explicarle cómo fueron conseguidas por la CIA, estas fotografías, y luego se hará lo que convenga. Veamos. Esta noche, poco después de las seis…

—Las seis de la tarde, entonces.

—Sí… Claro. Bien, a las seis de la tarde aproximadamente, un hombre llamado Maxwell Randall, con domicilio en el 514 de la Calle Ochenta y Cuatro Este de Manhattan, recibió una carta que, al parecer, estaba esperando con impaciencia. El portero del edificio sabía esto, porque Maxwell Randall se había pasado el día interesándose por la llegada de la correspondencia. Finalmente, llegó la carta, y el portero llamó por el teléfono interior a Maxwell Randall, ofreciéndose a subirle la carta. Maxwell aceptó, así que el portero subió la carta, y volvió abajo… Media hora después, Maxwell Randall bajó, salió a la calle sacando una carta del bolsillo, y se dirigió hacia uno de los buzones de la US Mail, situado a unas sesenta yardas del edificio. El portero comprendió que Maxwell Randall iba a contestar.

Es decir, a enviar ya la respuesta a la carta que había recibido hacía media hora. Maxwell Randall parecía satisfecho, y, puesto que le había ofrecido una cerveza al portero éste salió al portal, pensando que, después de cursar la carta, Randall le diría de ir a tomarse aquella cerveza. Le estuvo mirando, un poco intrigado, ya que Maxwell Randall hacía mucho tiempo que no recibía ninguna clase de correspondencia. Bien… Maxwell Randall llega al buzón, introduce la carta, se vuelve, regresa hacia el edificio… De pronto, se vuelve hacia el bordillo. Allá se ha detenido un coche, y Randall se acerca, introduce la cabeza por el hueco de la ventanilla…, y un par de segundos después se separa violentamente del coche y cae de

espaldas en la acera. El coche parte a toda velocidad, desaparece… El asombrado portero reacciona cuando ya otras personas han acudido junto a Maxwell Randall…, que está muerto, de tres balazos, dos en el pecho y uno en la cabeza…

—¿Alguien tomó la matrícula del coche?

Pitzer soltó un gruñido, moviendo negativamente la cabeza.

—No. Al parecer, nadie supo reaccionar en ese sentido. Lo único que pudieron decir era que el vehículo parecía de color granate, un «Dodge» del año pasado.

—Dudo mucho que por ahí consigamos algo —murmuró Brigitte —. ¿Qué más?

—Acudió en seguida un agente de la policía, que finalmente, atendió las explicaciones del portero, cuyo nombre es Desmond Redigan. Muy poco después, llegó un coche patrulla, con dos detectives de servicio en él. El agente que había escuchado al portero les puso al corriente de lo que éste les había dicho, y los detectives relacionaron lo sucedido con la carta qué Randall había recibido y con la respuesta que acababa de introducir en el buzón, y colocaron a un agente para rogar al público que se abstuviera de utilizar aquel buzón. Se efectuaron las diligencias oportunas, el buzón fue abierto, y las cartas de encima fueron apartadas. La que Maxwell Randall había echado en el buzón fue identificada por el portero, pues en varias ocasiones Randall le había dejado notas con instrucciones para la asistenta, que cada quince días más o menos acudía a limpiar y ordenar su apartamento. La policía subió al apartamento de Randall, y encontró cosas escritas por él: no cabía duda, aquélla era su letra, por lo tanto, aquélla era la carta que Maxwell Randall había cursado como respuesta a la recibida…

—¿Encontraron la carta que él había recibido?

—No. Ni la carta, ni el sobre… Nada. Ni en el apartamento ni sobre el cadáver. Finalmente, llegaron a la conclusión de que Maxwell Randall lo había quemado todo, tirándolo por el desagüe del lavabo. Tenían, entonces, sólo la carta que él había cursado… A toda prisa, se obtuvo el permiso oportuno para abrirla…, ¿y qué diría usted que encontraron dentro?

—¿Las fotografías? —las alzó Brigitte.

—No. Sólo una pequeña tira de microfilme, envuelta en papel negro del que se utiliza para impedir que una película se vele. A su

vez, este envoltorio negro estaba dentro de un pequeño sobre blanco, este sobre, estaba dentro del pliegue de un papel doblado en cuatro; y este papel, finalmente, en el sobre que Maxwell Randall había cursado, sin poner su remite.

—¿A quién iba dirigida la carta?

—A un tal Kent Griffin, que vive en el 18 de Vandam Street.

—Bien… Parece que tenemos una buena pista. ¿Sabemos algo de ese Griffin, o del propio Randall?

—Nada en absoluto. Puede tener la certeza de que jamás se había dedicado al espionaje ninguno de los dos. Tampoco estaban fichados por la policía, ni por el FBI. Nada. Se está investigando la vida de Maxwell Randall, si bien el portero asegura que era un muchacho amable, inteligente, educado, etcétera. Ya veremos qué sale de esa investigación. En cuanto a Kent Griffin, por el momento, se sabe que es fotógrafo: tiene un estudio en la dirección adonde Randall le enviaba la carta con el microfilme.

—No creo pasarme de lista si digo que Griffin tenía que revelar el microfilme, ¿verdad?

—Eso es lo lógico. Sin embargo, lo hizo la policía, para conseguir más pistas. Así fue como quedaron reveladas las fotografías que tiene usted en las manos. En menos de cinco minutos, alguien del Departamento identificó a nuestro director, y muy poco después fue identificado ese secretario de la Casa Blanca. El aviso fue pasado a Langley, y a partir de ese momento, el asunto ha quedado en nuestras manos…, en las de usted, concretamente, a partir de ahora.

—Se ha trabajado mucho y muy bien en pocas horas —murmuró Brigitte—. Y el resto no parece demasiado difícil, ¿verdad? Sólo hay que ir a ver a Kent Griffin, el fotógrafo, y apretarle un poco las clavijas… ¿No le parece?

Pitzer soltó uno de sus gruñidos.

—Usted sabe que no es así, que no va a ser tan fácil, Brigitte: se está recurriendo al procedimiento de los eslabones rotos.

—Sí… Es cierto. Maxwell Randall era uno de ellos, y tenemos el siguiente, Kent Griffin; pero…, ¿quién está antes de Maxwell Randall, quién le envió el microfilme?

—Teóricamente, debería ser la persona que tomó las microfotos, una de las siete de las cuales sospechamos. Nos interesa,

ciertamente, conocer el resto de los eslabones, para tener la cadena completa, pero nuestro máximo interés está en conocer al hombre que tomó las microfotos, el traidor.

—¿Me ha traído usted una lista de esos siete hombres entre los que se halla el traidor?

Pitzer tendió otro sobre, y Brigitte sacó de él una cuartilla, que leyó detenidamente…, mientras iba palideciendo. Por fin, la devolvió, murmurando:

—No es posible…

—Lo siento. Estos son los nombres de los nueve hombres que estaban con *mister* YZ en aquel salón, cuando fueron tomadas las fotografías. Por el momento, como ya le he dicho, podemos descartar a nuestro director, naturalmente, y al secretario de la Casa Blanca: si aparecen en las fotografías no pudieron tomarlas ellos. Luego, hay otros dos que parece que no tuvieron posibilidad de hacerlo…

—¿Los nombres que están señalados con un asterisco?

—Sí, en efecto. Le diré cómo es el salón donde las fotografías fueron tomadas: la puerta; a la izquierda, una librería que ocupa todo ese lienzo de pared; en el centro, una mesa rectangular para revistas, ceniceros, o servicio de bebidas, etcétera; al fondo, dos sillones que naturalmente quedan enfrente de la puerta; a la derecha de estos dos sillones, una gran lámpara de pie; y la derecha de la puerta, un gran sofá, que es donde están sentados los tres personajes fotografiados. Una vez conocido esto, es fácil comprender que los dos hombres que ocupaban los sillones del fondo no pudieron tomar las fotografías: el ángulo no corresponde. Por lo tanto, tuvo que ser uno de los cinco que quedaron en pie, delante de la librería, o por esa zona. Es decir, que de nueve personas a investigar, casi podríamos descartar cuatro.

—Casi —recalcó Brigitte—. Y otra cosa, tío Charlie: ¿no se ha reflexionado sobre la posibilidad de que quisieran fotografiar a otra persona u otra cosa?

—Juzgue usted misma… El secretario enviado por la Casa Blanca puede ser fotografiado en cualquier momento; es más, ha aparecido no pocas veces en los periódicos, e incluso en la televisión. Respecto a nuestro director, dudo mucho que cualquier servicio de espionaje desconozca su rostro, eso aparte de que no es,

ciertamente, un hombre-fantasma, ya que cualquiera puede conocerlo. Sólo queda *mister* YZ…, a menos que alguien tuviera el capricho de fotografiar un sofá y una pared.

—De acuerdo. Entonces tenemos siete sospechosos, de los cuales casi podríamos descartar dos, y a un tal Kent Griffin. ¿Es todo?

—De momento, sí. Como sugerencia, le diré que debería basar usted sus investigaciones en tres puntos. Uno: ¿quién tomó las fotografías? Dos: ¿quiénes forman, con él, toda la cadena de espías? Tres: ¿qué fin persiguen obteniendo fotografías de *mister* YZ?

—¿Nada más que eso?

—Para la CIA, en principio, será suficiente.

—¿Y no les interesa saber quién asesinó a ese muchacho llamado Maxwell Randall, al que sin duda han utilizado como eslabón, para eliminarlo una vez utilizado?

—Si usted localiza toda la cadena, sabremos eso. Por otra parte, ¿qué nos importa a nosotros quién haya sido el asesino de ese muchacho? Es cosa entre ellos, ¿no? Según parece, Maxwell Randall era un buen chico que jamás se había metido en jaleos, y por eso debieron elegirlo para que fuese uno de los eslabones… y eliminarlo luego. La gente debería ir con un poco más de cuidado por el mundo. Usted ya sabe que no debe esperar que la CIA sienta piedad por nada ni por nadie.

—Sí…, lo sé. ¿Está vigilado Kent Griffin, el fotógrafo?

—Naturalmente.

—¿A qué hora debería recibir mañana la carta que le enviaba Maxwell Randall, si no hubiese sido interceptada?

—También me he interesado por eso, porque sabía que usted tendría que preguntarlo: hacia las once de la mañana.

—Eso quiere decir que tengo oportunidad de dormir como si nada estuviese ocurriendo.

—Por supuesto. Si ocurriese algo nuevo, sería avisada inmediatamente.

—Muchas gracias. ¿Sabe a quién me gustaría… conocer, tío Charlie?

—¿A quién? ¿A *mister* YZ?

—No. Bueno, sí, claro, pero eso puede esperar. A quien me gustaría conocer es al hombre del «Dodge», el que asesinó a Maxwell Randall. Ese pobre muchacho… Estoy segura, a juzgar por

su carencia de antecedentes de toda clase, que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo… Pero el otro, sí: es un asesino profesional, que estaba esperando a Randall en la calle. Debía saber cuándo saldría él a cumplir las instrucciones, y lo esperó: tres balazos mortales, en plena calle, todavía de día. Todo un profesional. Me gustaría mucho conocerlo.

—Estoy seguro de que llegará usted hasta él… Y lo siento por él.

—¿Lo siente? —abrió mucho los bellísimos ojos Brigitte.

—Es un modo de hablar. Quiero decir que ya lo considero cadáver. ¿Tiene usted alguna duda?

—Ahora, no. Veremos después de conversar con el siguiente… eslabón. Oh-oh, un pequeño detalle: supongo que se ha encargado usted de cursar una carta de modo que le llegue al fotógrafo mañana hacia las once de la mañana.

—Desde luego.

—Magnífico. Bien, por hoy ya he trasnochado bastante… Adiós, Miky.

—Adiós, querida… Pitzer: ¿cuándo podré disponer de esta noticia?

—Brigitte se lo dirá.

—Vale. Bueno, adiós… Oh, un momento, qué demonios: Ya debe estar en la calle el periódico, así que tomaré mi ejemplar y me iré a dormir también. Bajo con ustedes.

Minutos después, se despedían ante el edificio, y cada uno se dispuso a subir a su coche…

—Un momento, Brigitte —llamó Grogan—. Sólo por curiosidad: ¿Cómo piensa usted empezar este trabajo?

—Querido Miky, qué pregunta tan tonta: ¡haciéndome unas fotografías, naturalmente!

Capítulo III

El 18 de Vandam Street era un edificio de cuatro pisos más que viejo, con un aspecto que no invitaba precisamente a vivir en él. Muy cerca de los muelles del East River, todavía parecía que la calle estuviese sumergida en la neblina nocturna cuando, a las diez de la mañana, el taxi se detuvo delante. Un día desapacible de últimos de octubre.

Sin embargo, al taxista recién llegado allá, no se lo parecía así. Todavía estaba estupefacto, maravillado, considerando que la vida es hermosa, cuando se detuvo, volvió la cabeza y sonrió de oreja a oreja.

—Servida, señorita: 18, Vandam Street.

—Gracias. ¿Cuánto le debo?

—¿Usted a mí?

—Claro…

—Sonríame una vez más, y la carrera está pagada.

—Zambomba —exclamó Barigitte, riendo—. ¡Si que cobra usted barato!

—No se ría usted, señorita, porque si lo hace, seré yo quien tendrá que pagarle. ¿Me permite una pregunta?

—¡Cómo no!

—¿Es usted real…, o todavía estoy durmiendo… y soñando?

—Eso dicen que se soluciona a base de pellizcos… ¿Me pellizca usted a mí o yo a usted?

—¡Ca… racoles! —se iluminó el rostro del taxista—. Vaya, puestas así las cosas…

La divinísima Brigitte Montfort volvió a reír, metió un billete de veinte dólares en el bolsillo del hombre, y se apeó. Miró por la ventanilla al taxista.

—No me espere.

—Me lo temía —suspiró el taxista.

Brigitte esperó a que el taxi se alejase. Entonces, se volvió hacia el edificio, y frunció el ceño. Pero no sería ella la que se arredrase por fachada más o menos normal. Vio el cartel del fotógrafo en la ventana del primer piso, y entró en el portal, que olía a húmedo. Segundos después, estaba ante el estudio fotográfico de Kent Griffin. Iba a llamar cuando se dio cuenta de que la puerta estaba abierta. El corazón le dio un salto.

Empujó la puerta, silenciosamente. Había una pequeña sala de recibo, con algunas sillas, y fotografías por las paredes, algunas bastante buenas. Se alegró de que no hubiese clientes esperando. Si algo de lo que temía había ocurrido, era mejor que ella fuese la primera en verlo.

—¿Señor Griffin? —llamó.

—¡Hola! —le contestó una voz masculina, más adentro del estudio—. ¡En seguida salgo!, ¿viene por lo de las fotografías?

—Sí… Sí. ¿Dónde está usted?

—En la cocina. Pase al estudio y desnúdese. Estoy con usted en medio minuto.

La espía más peligrosa del mundo alzó las cejas. Luego, sonrió, comprendiendo el error del fotógrafo. Y sonriendo, entró en el estudio. Se detuvo en el umbral, mirando a todos lados. La máquina, unos sillones, unos horribles decorados para fotografía de salón… Brigitte miró su relojito de platino y brillantes: las diez y cinco. Tenía tiempo.

Se sentó en uno de los sillones. Al parecer, había llegado a tiempo, todo iba bien. Al menos, en el sentido de que el asesino de Maxwell Randall no se había enterado de que la carta que éste había enviado había sido interceptada.

—Seguramente —reflexionó—, no has pensado en eso, asesino. Mataste a Randall, te fuiste, y crees que la carta ha seguido normalmente su curso… Me parece que te precipitaste mucho al matar al muchacho allí mismo. A veces, se quieren hacer las cosas tan bien que lo estropeamos todo… Debiste esperar.

Oyó los pasos acercándose, y se puso en pie, llena de curiosidad. No le sorprendió, sin embargo, el aspecto de Kent Griffin: alto, guapo, sonriente, deportivo… Un muchachote de aspecto simpático y honrado, que entró metiéndose la camisa en los pantalones y diciendo:

—Bueno, querida mía, como esta mañana… ¡Hey! ¡Usted no es la chica que estoy esperando!

—¿Y cómo lo sabe? —sonrió Brigitte.

—Pues por las fotografías que recibí, proponiéndome trabajar para mí como modelo, encanto. ¿Qué pasa con la otra?

—¿Con quién?

—Con su amiga, la que me envió las fotografías. ¿No la envía ella?

—Sí, claro.

—Bueno, pues desnúdese. Esta mañana tengo que salir a las once, así que trabajaremos de prisa… ¡Demonios! ¡Me alegro mucho de que no haya venido la otra!

—¿Por qué?

—Hijita, porque estás más bien blindada que un portaaviones de la Navy. Un momento… Con tu amiga hicimos un trato respecto al precio, ¿eh? ¡No pienso aumentar ni un centavo!

—Está bien.

—Bueno. ¿Cómo te llamas?

—Brigitte.

—Qué bonito nombre… Y cuanto más me fijo en ti, más tonto me quedo… Pero, hija, si eres una muñeca como no he visto ni una en mi cochina vida… ¿De verdad vienes a que yo te vea las nalgas?

—No precisamente —rió Brigitte—. Entiendo que es usted Kent Griffin, ¿no?

—Toma, claro… ¿quién, si no? Pareces un poco despistada, muñeca. A ver, ven aquí, que quiero verte mejor… Oye… ¡pero si eres guapísima! Y muy elegante… Por todos los demonios, cuanto más te miro más me… ¿No habrá un error en esto?

—¿Por qué?

—No pareces… Bueno… Mira, yo soy un muerto de hambre, pero tengo ojos en la cara. Y esos ojos me dicen, a cada instante que pasa, que tú no eres una chica de anuncio corriente… ¿Para quién has trabajado antes?

—Para la CIA.

—Ah… —Griffin respingó—. ¿Para quién?

—Para la Central Intelligence Agency: CIA.

—¿Es una broma?

—No.

—Entonces…, no has venido a desnudarte, ¿eh?
—Si es necesario, lo haré.
—Je, je… Me gustas. Además de ser muy hermosa y tener clase, sabes lo que es el humor. Bueno, mira, ya te digo que tengo prisa esta mañana, así que…
—¿Kent Griffin? —se oyó fuera del estudio una voz femenina.
—Me parece —sonrió Brigitte— que ahora llega su modelo.
Kent Griffin parpadeó. Se rascó la coronilla… De pronto, dio media vuelta y salió. Brigitte volvió a sentarse, y encendió un cigarrillo, sonriendo mientras escuchaba la conversación entre Griffin y la mujer que acababa de llegar, y que terminó con el acuerdo de que ella volvería al día siguiente. Luego, Griffin reapareció, se acercó a ella, la miró atentamente, y musitó:
—Muy bien… ¿Qué pasa con la CIA y conmigo? Y espero que entienda que no me gustan estas bromas, amiguita.
—Ya le digo que no es ninguna broma, señor Griffin. ¿Está usted esperando una carta?
—¿Por qué lo pregunta? —entornó él los ojos.
—Le diré cómo están las cosas, en primer lugar, y luego espero que la conversación será más directa y provechosa. Usted no es más que un… eslabón en una cadena. Cuando reciba la carta y cumpla las instrucciones que tiene, ya no le necesitarán. Quiero decir con esto que le matarán.
Kent Griffin palideció, y, durante unos segundos, estuvo inmóvil, como fascinado por aquellos grandiosos ojos azules. Luego, acercó una silla y se sentó delante de Brigitte.
—Estoy dispuesto a hablar en serio —dijo con voz tensa.
—Magnífico. Dígame todo lo referente a esa carta que está usted esperando.
—Emmm… Bueno, hace unos días, al salir del cine, se me acercó un sujeto, y me preguntó si yo era quien soy. Le dije que sí, claro, y él quiso saber si yo le haría un trabajo con urgencia, y cumpliría además determinadas instrucciones… Eran las once y pico, y el sujeto no me hacía ninguna gracia, la verdad, pero…
—¿Cómo era?
—¿El tipo aquél? No sé… De buena estatura, bien vestido, hablaba muy bien… Llevaba barba…
—Oh, claro, y bigote. Y si hubiese sido de día, habría llevado

lentes de sol. Supongo que no le dio su nombre, ni nada parecido.

—Me dio un número de teléfono.

Brigitte se quedó boquiabierta.

—¿De veras? —exclamó en seguida—. ¿Lo tiene anotado?

—No. Me dijo que lo aprendiese de memoria.

—Ya… ¿Y lo recuerda usted?

—Claro. Por cinco mil dólares, recordaría hasta la guía telefónica de Manhattan.

—¿Le ofreció cinco mil dólares?

—Me los ofreció y me los dio, encanto.

—Bien… Es un buen modo de inspirar confianza. ¿Cuáles fueron sus instrucciones?

Kent Griffin se rascó la coronilla.

—Mire, nena…

—Creí que íbamos a hablar en serio. Yo, al menos, no estoy bromeando, señor Griffin. Le aseguro que se ha metido en un lío de espionaje, y que piensan matarlo en cuanto haya cumplido su parte. Ya han matado al eslabón anterior a usted.

—¿Qué es eso de los eslabones? —palideció de nuevo el fotógrafo.

—Se lo diré en pocas palabras. Un agente secreto tiene algo que hacer, pero no le interesa que, en ningún momento, y debido a cualquier posible fallo, se le relacione con eso. Entonces, contrata a varias personas para hacer… «cosas sencillas». Cada una de esas personas hace una parte de lo que tendría que hacer el agente secreto, y todas esas personas juntas forman la cadena. Si algo pasa, lo que sea, relacionan con los hechos a los eslabones, pero nunca al agente secreto, que no corre ningún riesgo… Solamente, el de ir eliminando luego a los eslabones. Pero, como ha sabido tratar con ellos en momentos en que nadie los ha visto, a él no le relacionan con los eslabones, ya que, oficialmente, jamás ha sido persona perteneciente al círculo de amistades o conocidos de los eslabones. No corre peligro alguno de que la policía lo encuentre, ya que no van a sospechar de una persona a la que no conocen ellos, ni conocía el eslabón. En cuanto al trabajo de espionaje a realizar por los eslabones, por la cadena, si no se cumple no pasa nada, ya que el agente secreto, que por supuesto va disfrazado, nadie puede identificarlo. Y si se cumple, mejor. Y de todos modos, los eslabones

van siendo eliminados. Así que, varias personas han hecho un trabajo, el agente secreto no se ha relacionado en ningún momento con este trabajo, y a otra cosa. En ocasiones, no matan a los eslabones, pero éste no es el caso actual: han matado ya a uno. Usted es el segundo… No sé si me ha entendido, señor Griffin.

—Sí… Sí, la… la he entendido. ¿Quién es usted?

—Su hada buena, en estos momentos —sonrió Brigitte—. ¿Me explica esas instrucciones o prefiere correr el riesgo?

—Quizá me esté usted engañando, pero yo no estoy loco… Mire, yo estoy esperando un sobre que contiene unos negativos. Lo que tengo que hacer es revelarlos, hacer un par de copias de cada fotografía, meterlas en un sobre…

—¿A quién se las ha de enviar?

—A nadie.

—¿Vendrán a…?

—No. Déjeme seguir. Bueno, ya tengo las fotografías en un sobre. Entonces, salgo de aquí, y me voy a Washington Square Park, ahí arriba, en Greenwich Village. Bueno, me paseo por allí un rato, antes de sentarme, en un banco. Estoy en el banco unos minutos, me levanto, me alejo un poco, y vuelvo… En el banco donde habré estado sentado, habrá una caja. Yo cojo la caja, la abro, meto dentro el sobre con las fotografías, sin tocar ni mirar nada de lo que haya en la caja. Luego, la ato bien fuerte con un cordel, para que no se abra y caiga lo que hay dentro…

—¿No sabe lo que habrá dentro de la caja?

—Ni idea. Ni se me ocurrió preguntarlo. Mmm… Ya tengo la caja, bien atada, ¿eh? Entonces, salgo de Nueva York, por Queens, esto es, que me encuentro ya en Long Island. Tomo la carretera 25-A, en dirección a Manhasset. A la salida de Manhasset hay un parador. Me detengo allí, tomo un trago… Total, que, entre unas cosas y otras, teniendo en cuenta el posible retraso de la llegada de la carta a mis manos, el tiempo dedicado a almorzar, revelar las fotografías y hacer las copias, ir a Washington Square Park, lo de la caja, ir a Manhasset, tomar un trago…, se han hecho ya las cinco de la tarde, por lo menos. Espero allí, en el parador, hasta que falten muy pocos minutos para que sea de noche. Entonces, subo de nuevo al coche, y sigo por la 25-A. Después de recorridas un par de millas, hago una señal con las luces cortas: dos veces, dos veces, tres veces,

una vez. Tengo que estar pendiente del cuentamillas, porque otra milla más allá, debo tirar el paquete por la ventanilla, a la cuneta, parando sólo los segundos imprescindibles. Luego, sigo hacia East Norwich, y allí doy la vuelta, regreso aquí, y eso es todo.

—¿Cómo, todo? —se sorprendió Brigitte—. Entonces, ¿para qué le dio aquel sujeto un número de teléfono?

—Oh, sí… Bueno, ¿no lo he dicho? Cuando reciba las fotografías tengo que llamar a ese número, y decir que… Pues eso: que las he recibido.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Está seguro que no olvida nada?

—Sí… Sí, sí, seguro.

—Bueno, señor Griffin: ¿quiere que le diga lo que encontraría usted al volver aquí esta noche?

—¿Qué encontraría?

—Claro que también podrían matarlo por el camino, y hasta es posible que lo estuviesen esperando aquí, en la oscuridad, y que antes de que usted pudiese ni siquiera encender la luz le metiesen unas cuantas balas en el pecho…, pero lo que yo creo más probable es que, al abrir usted la puerta de su estudio…, ¡pum!

—¿Pum?

—Una bomba. No quedarían de usted ni los dientes.

Kent Griffin tragó saliva, y se quedó mirando fijamente a la hermosísima muchacha que, a lo mejor, pese a su seriedad, le estaba gastando una broma…

—No —dijo ella, que también le miraba fijamente—. No es ninguna broma, ya se lo he dicho. ¿Quiere apuntarme ese número de teléfono?

—Pero… pero ¿qué… qué va a pasarme a mí, qué…?

—Si colabora conmigo, nada. Es decir, puedo conseguir que un amigo le haga un préstamo de veinticinco mil dólares para que se lance usted en grande a esto de la fotografía. Algunas de sus fotos me gustan. ¿Le irían bien veinticinco mil dólares… a devolver en diez años, por ejemplo?

—Con veinticinco mil dólares y un año de tiempo, usted oirá hablar de mí en todo el Estado —murmuró Griffin—, si es que continúo vivo, claro. Mire, no quiero parecerle un tonto, pero todo

esto es… es tan… extraño y… escalofriante… Parece una…

—¿Una película de espías? —sonrió la divina.

—Pues la verdad, sí.

Ella movió negativamente la cabeza.

—Apúnteme ese número de teléfono, señor Griffin.

—¿Y luego?

Ella sonrió, simplemente, y, cosa extraña, Kent Griffin pensó que de ninguna manera las cosas podían irle mal, mientras aquella belleza estuviese con él. Así que anotó el número, y lo entregó a Brigitte, que miró alrededor.

—¿Y el teléfono?

—Lo tengo en la cocina. ¿Quiere llamar?

Era una pregunta tonta, y lo comprendió en seguida. Fueron los dos a la cocina, que estaba hecha una pena, pero Brigitte ni siquiera le concedió una mirada. Marcó un número.

—¿…?

La espía sonrió.

—¿Es usted ese simpático muchacho llamado Simón que cultiva rosas rojas en el jardín de tío Charlie? —preguntó.

—¡…!

—En efecto, soy yo. Simón, querido, tengo un trabajo especial para usted, y recurra a todos los procedimientos porque lo quiero antes de las doce. Yo estaré esperando su llamada en el segundo eslabón… ¿Me comprende?

—Muy bien. Teléfono LA 4-6906: ¿A quién pertenece?

—Hasta luego, Simón. Un beso.

Colgó, miró entonces alrededor, y torció graciosamente el gesto.

—Caramba, señor Griffin, si yo fuese una chica hacendosa, me ofrecería a adecentarle la cocina. Está hecha un asco.

—¿Qué… qué hacemos ahora?

—¿Qué haría usted normalmente?

—Pues como ya he despedido a la otra chica hasta mañana, me dedicaría a hacer pequeñas cosas, mientras espero que alguien venga a hacerse alguna fotografía.

—Entonces, dedíquese a eso, con toda tranquilidad. Yo me quedo aquí, fumando y pensando… ¡De ninguna manera piense que voy a arreglarle la cocina!

Kent Griffin encogió los hombros.

—¿Eso de los veinticinco mil dólares… es verdad?

La guapísima señorita Montfort abrió su extraordinario maletín rojo con florecillas azules estampadas, rebuscó en él, sacó un talonario de cheques, y extendió uno rápidamente. Cuando lo entregó a Griffin, la cifra, $25.000, le pareció a éste el definitivo final de una broma.

—¿A… a devolver en diez años? —tartamudeó.

—Sí, pero no a mí. ¡Ni a la CIA! —se sobresaltó graciosamente—. Envíe cada año dos mil quinientos dólares a un centro benéfico de su elección. A ser posible, de niños o ancianos. Y, señor Griffin —la sonrisa de Brigitte dejó sin aliento al fotógrafo—: yo sabré si lo hace usted.

—Lo… lo haré… ¡Se lo juro!

—Es usted un muchacho guapo y simpático: me alegro de haberle salvado la vida. Y ahora, vaya a trabajar… No se acuerde de mí hasta que llegue una carta que no contenga nada.

—¿Nada? Pero…

—Vaya a su trabajo, por favor.

Faltaban unos minutos para las once y media cuando Kent Griffin entró en la cocina, llevando en una mano varios sobres, y uno solo en la otra, ya abierto.

—Lo demás es propaganda —murmuró—. Éste sólo contenía un papel en blanco, doblado…

—Está bien. Ese es el sobre que debería contener unos negativos para usted. A todos los efectos, será como si usted hubiese recibido unos negativos de microfilme. ¿De acuerdo?

—Sí… ¿Llamo para decir que los he recibido?

—Todavía no. Tenemos que esperar.

Miró su relojito, y frunció el ceño.

Pero ni siquiera cinco minutos más tarde, el teléfono sonó. Se puso en pie, pero se detuvo en seco en su marcha hacia el aparato. Nada de riesgos.

—Conteste usted. Si preguntan por una *baby*, ésa soy yo. Si es su amigo el de las barbas, naturalidad, señor Griffin: mucha naturalidad.

Kent Griffin asintió, descolgó el auricular, preguntó, y se volvió hacia Brigitte, asintiendo. Ella tomó el auricular.

—¿Simón?

—Ah… Bueno, era de esperar algo así. ¿Cuánto tardaría usted en llegar, con un par de compañeros o gente bien preparada a esa cabina?

—De acuerdo. Pues dentro de quince minutos, va a sonar el teléfono de esa cabina. Tiene que haber un hombre esperando ahí, posiblemente un barbudo, que contestará a la llamada. Déjenle hacer, y luego síganlo. Solamente seguirlo, Simón, haga lo que haga. Y le voy a decir una cosa: como ese sujeto se les escape a ustedes, jamás en la vida volveré a aceptar sus rosas rojas.

—Estupendo —rió Brigitte—. Las siguientes comunicaciones serán por radio de bolsillo, así que lleve una. Adiós, Simón.

Colgó, volvió a sentarse, y abrió su maletín, asegurándose de que todo estaba en orden, allí dentro. Kent Griffin, que la miraba como hipnotizado, murmuró:

—¿Qué hago?

—Esperar. Dentro de quince minutos, va a llamar usted a ese número que le facilitó el barbudo. Es una cabina pública de Times Square, pero él debe estar esperando allí. Haga todo lo que él le indicó, y, por lo que más quiera, no me falle, señor Griffin: estamos detrás de un asesino profesional.

Griffin asintió con la cabeza, y también se sentó. Para Brigitte Montfort, los quince minutos de espera parecieron no significar nada. Para Griffin, fue el principio de la adquisición de un feo vicio: morderse las uñas.

—Quince minutos —miró, por fin, Brigitte su relojito—. Tranquilícese y llame. Yo escucharé.

El fotógrafo efectuó la llamada, dejando el auricular de modo que Brigitte pudiese también escuchar… Al otro lado, tardaron apenas tres segundos en descolgar.

—¿Sí? —oyó Baby.

—Soy Kent Griffin —dijo éste—. ¿Es usted quien está esperando mi llamada? O sea, la persona que…

—Sí, sí, soy yo, señor Griffin. ¿Ha recibido la carta?

—Sí, hace unos minutos. Contiene unos pequeños negativos.

—Muy bien. Ya sabe lo que tiene que hacer, ¿verdad? ¿Lo recuerda todo?

—Sí, claro.

—Pues adelante, señor Griffin. Y muchas gracias.

—De nada… Adiós.

—Adiós.

Griffin colgó, y de nuevo consultó a Brigitte con la mirada.

—Ahora —dijo elle— estará usted aquí todo el tiempo que realmente habría necesitado para revelar esas fotografías y hacer copias. Luego, irá realizando todo lo que ese hombre le indicó. Hágalo siempre con la máxima naturalidad.

—Lo intentaré… Pero no tengo las fotografías para poner en un sobre. Y si ese hombre lo abre y no ve nada…

—Ese hombre no abrirá el sobre. Ni siquiera lo verá. El paquete que usted recogerá en un banco de Washington Square Park no es para él, sino para el siguiente eslabón.

—No entiendo nada, francamente.

—Ponga en ese sobre unas fotografías cualquiera, y no se preocupe. Ahora, atienda bien. Esto —Brigitte sacó del maletín su radio de repuesto— es una radio de bolsillo, de funcionamiento sencillísimo: si oye un zumbido, es que le llamo yo a usted, en cuyo caso, sólo tiene que apretar este botoncito y podremos hablar. Si es usted quien quiere llamarme a mí, cosa que sólo hará en caso de peligro, será usted quien apriete este botón, y yo contestaré. Es muy fácil, ¿no le parece?

—Sí… Sí, es fácil.

—No la pierda. Si algo imprevisto ocurriese, este aparatito es su seguro de vida, señor Griffin. Bien, hasta la vista.

—¿Se va? Pero… Bueno, yo creí…

—Tiene que hacerlo usted solo. Pero no se preocupe, ya que en todo momento estará protegido. Haga, simplemente, lo que se le ha indicado, regrese aquí, y olvídelo todo.

—¿También a usted? —intentó sonreír Griffin.

—A mí, especialmente.

—Será un poco difícil. En primer lugar, olvidar a una mujer como usted no es posible. Y en segundo lugar, me parece que su rostro me es familiar… ¿Hace usted cine, o televisión…?

—Sólo teatro —sonrió duramente la espía—: teatro en las sombras, señor Griffin.

Salió del estudio, y poco después aparecía en la calle. Se dirigió hacia Greenwich Street, la cruzó, cruzó también Washington Street,

West Street, pasó bajo la West Side Elevated Highway, y finalmente llegó al muelle cuarenta. A los pocos segundos, un viejo «Ford Capri» se detenía ante ella, que entró en el vehículo sin vacilar, sonriendo a su criada, la rubita y fiel Peggy, que estaba al volante.

—Muchas gracias, querida. ¿No has olvidado, nada?

—No, señorita. Está todo lo que usted me pidió —señaló Peggy al asiento de atrás.

—Muy bien. Espero que hayas sabido elegir un coche de alquiler en buenas condiciones. Ahora, toma un taxi y vuelve a casa. Has terminado.

—¿Y usted…?

—Oh, yo empiezo, simplemente.

Capítulo IV

Media hora más tarde, la mujer cuarentona de rostro mofletudo y ásperos cabellos rubios, con lentes que hacían brillar sus ojos oscuros, recibía la primera llamada por la pequeña radio que se había colocado en el escote.

—¿Sí?

—Baby, soy yo.

—Simón, querido… ¿Buenas noticias?

—Tenemos localizado al sujeto que contestó a la llamada en la cabina de Times Square. En efecto, es un barbudo…, como podría serlo yo si me comprase una barba postiza. Pero en honor a la verdad, hace falta ser profesional para darse cuenta de eso.

—Nosotros *somos* profesionales. ¿Dónde está el sujeto?

—Después de contestar a la llamada se ha ido, a pie, a un edificio donde hay un hotel de tercera categoría, en Spruce Street. Y sigue ahí.

—No tardará mucho en salir… Tiene que ir a Washington Square Park a llevar una caja. Sigan tras él, déjenlo que vaya cumpliendo su trabajo. Y mucho cuidado, Simón: quizá la próxima vez que aparezca ya no lleve barba, ¿comprende?

—Por mucho que cambie de aspecto, no se nos va a escapar. Demonios, me tiene aterrado la posibilidad de que usted no acepte nunca más mis flores, Baby… ¡Me moriría de tristeza!

—Le prometo dos lágrimas, si eso sucede. Respecto al sujeto, quizá les ayude a identificarlo, si es que decidiese cambiar de aspecto, el hecho de que llevará una caja, o un portafolios con ella dentro.

—No se nos escapará, se lo juro.

—Vale.

A la una y media, la radio volvió a sonar en el escote de la rubia.

—¿Baby?

—Diga, Simón.

—El sujeto ha salido. Ya no lleva barba, y viste de otra manera. Pero lleva una bolsa con algo que parece pesado dentro, y, además, de todos modos, le hemos identificado. Ha tomado un taxi, y se dirige hacia el norte en estos momentos, por Lafayette.

—Va a Washington Square Park. Sigan con él. ¿Tenemos alguna noticia de tío Charlie?

—No, ninguna… Sigue en Washington, cumpliendo instrucciones de usted, según creo.

—Sí… Espero que dé resultado… a tiempo. Hasta luego.

—¿Baby?

—Convertida en una fea rubia, pero soy yo. ¿Sí, Simón?

—El sujeto ha estado en Washington Square Park, en efecto. Ha estado paseando por allí. Finalmente, ha dejado en un banco una caja que ha sacado de la bolsa, y se ha alejado, pero sólo lo suficiente para poder vigilar la caja… Un tipo atractivo y joven, que ya había estado sentado antes en ese banco, ha vuelto, ha cogido la caja, y se ha largado. Suponemos que es el fotógrafo, de modo que no le hemos seguido. Pero seguimos detrás del sujeto… que me parece que no vuelve al hotel de Spruce Street. Ha tomado otro taxi, y está cruzando Manhattan a lo ancho.

—¿No vuelve al hotel? Magnífico. Iré a echar un vistazo allá… Ustedes sigan tras él, siempre a distancia. Veamos adonde nos lleva, finalmente. Simón, cuidado: a menos que estemos muy equivocados, ese hombre es un asesino profesional.

—Nosotros también, si es necesario.

—Buenas respuesta. Hasta luego. A ver qué encuentro en ese hotel… ¿Cómo se llama?

—Blyton Hotel.

—Vale. Allá voy.

Era, en efecto, un hotel de tercera categoría, y tenía el conserje que le correspondía: un hombre gordo y feo, de modales bruscos y cara de mal genio, que se quedó contemplando con cierta desconfianza a la mujer rubia con lentes.

—¿Cómo quiere que le diga si el hombre que usted busca está en el hotel, si usted no me dice su nombre? —farfulló.

—Tiene usted razón —admitió ella, tímidamente—. Pero es que el nombre se me ha olvidado… Era… era… ¡No puedo recordarlo! Pero usted tiene que saber quién es él: lleva barba y bigote, viste bastante bien…

—Ah, barba… Bueno, eso es otra cosa. Tiene que ser el señor Creviston, Uriah Creviston…

—¡Eso es! —exclamó la rubia—. Oh, no entiendo cómo tengo tan mala memoria para los nombres. Pero ahora que usted lo menciona, sí, ése es… ¿Está?

—Debe estar, porque desde que regresó de almorzar, yo no le he visto salir. Si quiere, llamo por teléfono…

—No, no… Ya le estoy molestando bastante, señor. ¿Qué habitación ocupa?

—La 3 B. Y como ve, no hay ascensor.

—Tengo dos buenas piernas. Gracias.

La rubia se dirigió hacia las escaleras, y el conserje le dirigió una crítica mirada, fruncido el ceño. Bueno, quizá tuviese buenas piernas, pero eso no podía saberlo él, porque la larga falda de la estrafalaria rubia las ocultaba. Se encogió de hombros, y dedicó de nuevo su atención al periódico que había estado leyendo.

Mientras tanto, la rubia subía hacia el tercer piso. Al llegar allí, sacó la pistolita del maletín, que quedó en su mano izquierda. En el hueco de la derecha ocultó la pistolita, y con los nudillos golpeó la puerta señalada con el 3-B. Sabía que el sujeto no estaba allí, pero no estaba dispuesta a cometer el menor fallo.

Segundos después, volvió a llamar, sin que nadie contestase. Así que, en efecto, la habitación estaba vacía.

Sacó una ganzúa, maniobró con ella unos segundos, y la cerradura cedió. Empujó la puerta, entró, y encendió la luz, pues el cuarto estaba a oscuras. Al parecer, todas las ventanas habían sido cerradas. Cerró la puerta, y permaneció inmóvil, pistola en mano, vigilante.

Tan sólo por si se producía alguna reacción, llamó, quedamente:

—¿Señor Creviston?

Silencio.

La mirada de la espía estaba fija en el armario, único lugar, aparte del pequeño cuarto de aseo, donde podía haber alguien fuera de su alcance visual. Se acercó, lo abrió, echándose rápidamente a

un lado… Estaba vacío.

Vacío. En la barra colgaban algunas perchas, eso era todo. Ni una camisa, ni un traje o pantalones… Nada. Abrió la otra puerta del armario, abrió y cerró cajones. Completamente vacío.

Entró en el cuarto de baño, muy reducido… Y ni siquiera era cuarto de baño; propiamente habría que llamarlo cuarto de ducha.

Vacío.

Ni un peine, ni masaje facial o colonia, ni maquinilla de afeitar o cualquier otro detalle que indicase que aquel cuarto estaba ocupado. Y si Uriah Creviston se hubiese despedido del hotel, el conserje lo sabría… Claro que también podía ser que Uriah Creviston, el asesino de las barbas, hubiese llegado allí sin equipaje de ninguna clase, que se afeitase en cualquier barbería, que…

—No —movió la cabeza Brigitte—. No, no, no. Vino con equipaje, porque lo contrario es llamar la atención. La ropa y sus cosas las ha ido sacando poco a poco, pero…, ¿no trajo una maleta?

Salió del cuarto de baño, y miró encima del armario. Allá estaba la maleta. Acercó una silla, se subió a ella, alcanzó la maleta, y la bajó. La colocó sobre la cama, y se quedó mirándola con no poca desconfianza, Pero no… ¿Por qué tendría que haber colocado un explosivo allí, el sujeto de las barbas? ¿Para matar a un pobre conserje, o la empleada del hotel que limpiaba las habitaciones? Para hacer eso hacía falta ser mucho más que un asesino profesional: hacía falta estar chiflado.

Abrió la maleta, que, en efecto, no contenía explosivo alguno. No contenía nada en absoluto. Durante unos segundos, estuvo buscando un doble fondo, pero se convenció muy pronto de que no existía tal doble fondo. En cuanto a la maleta, era un modelo corriente y más bien barato, desde luego fabricado en Estados Unidos… Buscar alguna huella allí sería la pérdida más lamentable de tiempo que pudiera cometer la CIA o la policía. Y con seguridad que no habían tampoco huellas en parte alguna del cuarto.

—Todo un profesional —murmuró Brigitte—: llega, hace su trabajo, y desaparece. Admirable. Y ahora está cruzando Manhattan a lo ancho, en un taxi… A lo ancho… Si estaba en Washington Square Park, y está cruzando Manhattan, es que se dirige a la otra orilla. Hacia los puentes…

Baby lanzó una exclamación, y sacó a toda prisa su radio de

bolsillo.

—¡Simón!

—¿Qué ocurre? —se notó el sobresalto del espía.

—¡Ese tipo se dirige al aeropuerto, va a tomar un avión! ¡Yo voy para allá inmediatamente, pero si no llegase a tiempo, impídanle que tome ese avión!

—De acuerdo. ¿Por procedimientos técnicos o… físicos?

—No debe tomar ese avión.

—Entiendo. Y sí, es posible que vaya al aeropuerto: al menos, por ahora llevamos ese camino. ¿Cómo lo ha sabido usted?

—Ya se lo explicaré… Otra cosa, Simón: permitan que se mueva a su gusto hasta el momento final. Es decir, que saque su billete, carta de embarque, todo eso… Quiero saber adónde pensaba ir.

—*Okay*. Queda bien entendido, ¿eh?: si usted no ha llegado cuando él vaya a subir al avión, lo frenamos… como sea.

—Sí, queda bien entendido. ¡Voy para allá!

Tras dejar el coche en el estacionamiento, y orientada por radio por Simón, Brigitte Montfort apareció en la sala de espera a las tres y diez minutos de la tarde.

Todavía jadeando, más por tensión que por fatiga, pese a la prisa que se había dado en todo momento, buscó con la mirada a Simón-Floristería. Le vio sentado en uno de los sillones, con una revista en las manos, y haciendo tan bien su trabajo que era imposible que nadie pudiese darse cuenta de que su atención no estaba dedicada por completo a la revista.

Ni siquiera la propia Baby se dio cuenta, así que se acercó a él, y se quedó mirándolo fijamente… A los pocos segundos, Simón-Floristería alzó la mirada, con gesto magistralmente natural, para mirar el reloj de la sala de espera y luego a su alrededor. Vio a la rubia de los lentes que lo miraba fijamente, su mirada pasó de largo…, y volvió en seguida hacia la rubia, que se limitó a parpadear.

No hubo la menor reacción en el rostro del agente de la CIA. Pero, de nuevo con toda naturalidad, su mirada se desvió hacia el bar, y, durante una fracción de segundo, se detuvo en uno de los hombres que estaban sentados a la barra. Luego, volvió a mirar inexpresivamente a la rubia, y otra vez se puso a leer.

La rubia suspiró, y se dirigió hacia el bar, con la mirada fija en el hombre tan discretamente señalado. Ocupó un taburete a su lado, y se volvió a mirarlo, sin disimulos. Era un hombre guapo, de poco más de treinta años, ojos claros, cabellos castaños ondulados levemente, mandíbula firme, boca grande y fina… Un formidable ejemplar… de asesino profesional.

El hombre volvió un poco la cabeza, la vio mirándole, y alzó las cejas un poco, al ver la fija mirada de la rubia.

—¿Se me nota? —preguntó ésta rápidamente.

Las cejas del apuesto asesino se alzaron un poco más.

—¿Perdón…?

—¿Se me nota, que es la primera vez que voy a viajar en avión?

—Ah. Pues no sé… Yo diría que no —sonrió amablemente.

—Pues estoy terriblemente asustada. Con todo eso de los secuestros de aviones… Ya sabe.

—Sí. Pero el tanto por ciento de secuestros es muy reducido. Le deseo que no sea precisamente su avión uno de los secuestrados en el día de hoy.

—Es usted muy amable —sonrió la rubia—. Yo voy a San Francisco. ¿Y usted?

El hombre quedó inmóvil, mirándola muy serio, con suma atención. Pero, de pronto, volvió a sonreír.

—A Nassau, Bahamas.

—¡Oh! ¡Qué hermoso lugar!

—¿Ha estado usted allí?

—No, no… ¡Pero he leído tantas cosas sobre Nassau…! ¿Es verdad que hay playas de arena color rosa?

—Sí, en efecto —amplió su simpática sonrisa el hombre que se hacía llamar Uriah Creviston.

—¿Y palmeras, y aguas transparentes como cristal, que recogen el color del cielo, y muchas mariposas, y…? ¿Es usted inglés?

—No.

—Pero tampoco es norteamericano, ¿verdad?

—Tampoco —murmuró el hombre.

—Mmm… ¿Canadiense?

—No.

—¡Ya sé! ¡Usted es australiano!

—Podría ser —admitió el hombre, echando un rápido vistazo

alrededor.

—Pero si es australiano, ¿no debería ir a Australia? Claro que uno puede ser australiano y vivir en Nassau. ¿Vive usted allí?

—Sí.

—Ah… ¿Le espera su esposa?

—No.

—¿No está casado?

—No.

—Pero alguien debe estar esperándole en Nassau, ¿verdad?

—No.

—Entonces, viaja usted por negocios… ¿A qué se dedica?

Uriah Creviston, que miraba ya con más atención a su alrededor, regresó su mirada, ahora fría, hacia la curiosa e impertinente rubia. Abrió la boca, pero en aquel momento comenzó a oírse el anuncio de uno de los vuelos: los señores pasajeros del vuelo tres-cuatro-uno, con destino a Nassau, debían tener la bondad de dirigirse a la puerta 2…

—Perdone —dijo el sujeto—, ése es mi vuelo. Le deseo un feliz…

Estaba ya bajando del taburete, pero una mano de la rubia se posó en su brazo izquierdo. El sujeto bajó la mirada hacia aquella mano, sorprendentemente bonita en una rubia gordinflona de rostro y de ásperos cabellos; luego, volvió a alzarla, hacia los ojos de tan preguntona viajera.

Y ella dijo, con voz tranquila:

—Le sugiero que acepte deportivamente la pérdida de ese vuelo, señor Creviston.

—¿Qué dice? —masculló él—. No tengo por qué… Además, no me llamo Creviston. Me parece que, desde el principio, está sufriendo usted un error, señorita. Su modo de…

—¿Me permite examinar su bolsa de viaje?

—Desde luego que no. Y será mejor que me suelte… No quisiera ser brusco con usted.

—Oh, no debe preocuparse por eso, señor Creviston: estoy preparada para toda clase de contingencias. Y por supuesto, mis amigos también. Vamos, sea sensato… ¿No comprende que ha tenido mala suerte?

—Usted está loca. No sé de qué…

—Se está pasando de listo. En cuanto a su bolsa de viaje, sé que tiene dentro de ella una pistola. Es claro que sabe usted que no podrá pasarla al avión, pero eso ya lo tiene solucionado: al llegar hacia la puerta dos, habría tirado la bolsa a una de las papeleras, o algo así, puesto que, al haber terminado todo bien, ya no necesita la pistola para nada, y, en cambio, puede comprometerle. Pues bien: yo le voy a aliviar la molestia de tirar esa bolsa. ¿Me la entrega? Sin meter la mano dentro, claro. Soy muy peligrosa, pero respeto a los profesionales como usted… Quiero decir que les tengo respeto, en cuanto se refiere a su facilidad y habilidad para matar, no respeto humano… ¿Me entiende? A menos, claro, que luego se puedan justificar los asesinatos. ¿Es éste su caso?

Uriah Creviston suspiró profundamente, y tendió la bolsa hacia la rubia, que la tomó y la dejó sobre el mostrador, sin dejar de mirar los claros ojos del asesino.

—¿Es éste su caso? —insistió.

La delgada boca de Creviston se plegó, en un gesto duro, seco, hermético.

—De acuerdo —susurró la rubia—. Ahora, saldremos de aquí. Usted caminará delante hasta que nos hallemos fuera de la sala de espera; luego, caminaremos juntos. Iremos a un coche, usted subirá primero, al asiento de atrás. Inmediatamente, dos hombres ocuparán también ese asiento, uno a cada lado de usted. Por fin, otro hombre y yo ocuparemos el asiento delantero. Este último hombre conducirá, yo viajaré vuelta hacia usted, para que podamos charlar cómodamente. Al menos, usted estará cómodo. ¿Me ha entendido?

Uriah Creviston asintió con la cabeza. Estaba pálido.

—¿Cuál ha sido mi fallo? —susurró.

—¿De verdad quiere saberlo?

—De verdad. Siempre conviene aprender.

—En su caso, aprender no le servirá de nada. Pero se lo voy a decir: usted mató a Maxwell Randall demasiado… pronto. Debió esperar más.

—¿Por qué?

—Porque, de ese modo, la policía no habría relacionado el buzón de Correos con aquel asesinato, y no hubiese encontrado la carta que el pobre muchacho enviaba a Kent Griffin… Todo esto no

habría sucedido, si usted hubiese esperado a matar a Randall en otro momento, ¿no está de acuerdo?

Cada vez más pálido, Creviston asintió con la cabeza.

—De acuerdo —susurró—. Vamos allá.

—Muy bien. Comience a caminar.

—Se van a llevar un chasco conmigo.

La rubia le miró fríamente.

—¿Sí? ¿Por qué? —se interesó.

—Están perdiendo el tiempo.

—Eso ya lo veremos. Camine.

Uriah Creviston encogió los hombros, y se dirigió hacia una de las salidas de la sala de espera. La rubia recogió la bolsa sobre el mostrador, y se fue tras él. Ya en el exterior, se colocó a su lado, y señaló hacia donde había dejado el coche. Uriah Creviston volvió la cabeza, y hubo un nervioso parpadeo en sus ojos cuando vio al impenetrable Simón-Floristería saliendo tras ellos, con la mano derecha metida en un bolsillo de la chaqueta. Se pasó lo lengua por los labios, y miró a su derecha… Allá, un hombre estaba apoyado en uno de los soportes de los grandes cristales. En una mano tenía un periódico; la otra, la derecha, se hundía en un bolsillo… Y una mirada a la izquierda permitió a Uriah Creviston ver al tercer hombre, caminando paralelamente a ellos, mirándolo fijamente…

—¿Creía que le había mentido, que estaba sola? —sonrió secamente la rubia.

Creviston no se dignó contestar. Bajó la mirada hacia la bolsa, pero la rubia la llevaba en la mano del otro lado, de modo que no seria fácil arrebatársela… No tan fácil, al menos, que le permitiese sacar la pistola de la bolsa, antes de recibir no menos de media docena de balazos. Así pues, por aquel lado no había nada que hacer…

—Izquierda —dijo la rubia, que le miraba de reojo, sarcástica.

Se metieron entre los coches. Por encima de ellos, Uriah Creviston veía a los tres hombres, que iban convergiendo hacia el mismo punto, sin quitarle la vista de encima ni un segundo. Una cosa era segura: si entraba en el coche, todo habría terminado.

Así que se jugó la última carta, un instante después que la rubia señaló el «Ford Capri», diciendo:

—Allí…

Creviston saltó de pronto detrás de la rubia, le rodeó el cuello con el brazo izquierdo, y la obligó a girar rápidamente, de modo que quedó interpuesta, bien sujeta por él, entre los dos bandos: él mismo, y los tres hombres, que habían quedado petrificados, detenidos en seco.

Y al mismo tiempo, Creviston dio un tirón del borde de la manga derecha de su chaqueta, y algo pasó, brillando apagadamente ante los ojos de la rubia antes de hundirse, punzante, en su garganta, con fuerza contenida.

—Es un pequeño punzón de marfil —jadeó Creviston—. Algo así como un juguete, pero suficiente para matarla en un segundo… ¿Lo comprende?

Capítulo V

La rubia intento mover afirmativamente la cabeza, pero no pudo conseguirlo. Estaba sujeta con una fuerza espantosa, y la punta de aquel pequeño puñal de marfil podía perforar de un momento a otro su piel, su carne.

—Sí —dijo con voz tensa.

Creviston volvió a mirar a los tres hombres, que estaban lívidos, inmóviles. Parecían haberse convertido en estatuas… Uno de ellos incluso había quedado en el gesto de dar un paso. Era como si fuesen muñecos a los que, de pronto, se les había cortado la corriente, la energía que los movía. Alrededor de estos personajes, nadie parecía darse cuenta de la escena.

—Hágales señas para que se alejen, pronto… Luego, usted y yo retrocederemos hacia el coche que me ha señalado, Y, cuando yo se lo diga, abrirá mi bolsa, delante de usted, de modo que yo pueda recoger la pistola cuyo destino ha sido usted tan inteligente de adivinar… ¿Está claro?

—Sí… sí.

—Pues comenzamos a caminar hacia atrás. Que se alejen.

Creviston inició la marcha cuando, a una seña de la rubia, los tres hombres recuperaron sus movimientos. Vacilaron visiblemente, pero ella insistió en la seña, y, de malísima gana, dieron media vuelta y comenzaron a alejarse, volviendo la cabeza, mostrando a Creviston sus rostros, que parecían de cadáveres.

—Con cuidado. Sin prisas, lista señora… Tranquila… Quieta ya: mi espalda está apoyada en el coche. Abra el bolso.

La rubia obedeció, después de alzarlo hasta colocarlo a la altura de sus senos. ¿Con qué mano cogería Creviston la pistola? Si lo hacía con la derecha, demostraría no ser demasiado listo, ya que dejaría de tener en inmediato peligro de muerte a su prisionera, que podía reaccionar, al verse libre de la presión del punzón de marfil.

Si lo hacía con la izquierda, dejaría libre el cuello femenino, pero el punzón seguiría incrustado en su garganta, listo para atravesarla. Y, de todos modos, ¿acaso aquel hombre no se proponía matarla, en cuanto tuviera la pistola en la mano, meterse en el coche, y salir de allí a toda velocidad?

Sí. Eso debía estar pensando, con toda lógica, ya que… ¿para qué podía él querer a la rubia como compañera de fuga?

¿Con qué mano…?

Con la izquierda.

La rubia dejó de estar sofocada por el fuerte abrazo, y la mano se tendió hacia la bolsa, se hundió en ella… La rubia sabía que, si intentaba escapar, alejarse, el punzón se hundiría en su garganta. Por lo tanto, no intentó escapar.

Simplemente, giró sobre sí misma, como una peonza, de modo que el punzón que la presionaba suavemente en la garganta se desplazó alrededor de su cuello, apenas rozándola, y, movido por el veloz gesto de Creviston al percibir el movimiento de la mujer, fue a clavarse en el hombro izquierdo del propio asesino, que lanzó un aullido de sorpresa y dolor…, mientras la rubia soltaba la bolsa y lanzaba un fortísimo golpe con el codo, que acertó de lleno en el estómago al asesino. Efectuado este *atemi* colocada de costado a su enemigo, la rubia acabó el giro para enfrentarlo completamente, lanzando ya su otro puño, en directo terrorífico hacia el rostro del hombre…, mientras éste, que había retirado el punzón de su hombro, lo dirigía hacia el vientre de la rubia…

Los dos lanzaron un grito de dolor a la vez: Creviston, porque el golpe le acertó de lleno en la boca, partiéndole los labios y dos dientes y empujando su cabeza contra el borde del techo del coche; la rubia, porque el punzón, pese a su velocísimo gesto de esquiva, le acertó, se hundió en su costado izquierdo hasta que la mano del asesino llegó a la carne.

Y mientras Creviston caía de rodillas, sangrando como una fuente, la rubia retrocedió, lívida de dolor, llevándose una mano al lugar donde tenía hundido el punzón… Los tres agentes de la CIA, que habían captado el nuevo giro de la situación, corrían hacia allí a toda velocidad, sorteando coches, pistola en mano, Simón gritando a Baby que se apartase… Pero ella no hizo precisamente eso. Miró a Creviston, que había alzado la cabeza para mirarla y

comenzaba a ponerse torpemente en pie, y dio un paso hacia él. Cerró el puño derecho, y vio perfectamente el gesto de espanto en los ojos de él… El puño salió, con una fuerza increíble, y los dos nudillos superiores de los dedos índice y corazón golpearon, parecieron hundirse en el plexo solar de Creviston, en el implacable *ura tsuki.*

Tan implacable que Uriah Creviston cayó fulminado, como muerto, a los pies de la rubia, desorbitados los ojos, desencajado el rostro, crispada la boca en un gesto agónico…

Los tres agentes de la CIA llegaron a todo correr, jadeando, y Simón-Floristería se abalanzó hacia la rubia, mientras hacía una seña a sus compañeros, tan demudados como él.

—¡Déjeme ver…!

—No es nada, Simón. Marchémonos de aquí, pronto… —se volvió hacía los otros dos, uno de los cuales, ahora rojo de ira, de furia, y del miedo que pasó ante el peligro en que se había hallado Baby, acababa de descargar un rabioso puntapié en el estómago del desvanecido Creviston; y el otro parecía dispuesto a imitarle—. ¡No! ¡Podrían matarlo, y lo quiero vivo! ¡Vámonos en seguida!

Lo metieron en el coche, y, antes de que algunos curiosos, que habían visto que «algo» sucedía en el aparcamiento, tuvieran tiempo de acercarse, el coche «Ford Capri» fue puesto en marcha.

Ciertamente, Uriah Creviston no tuvo un despertar muy esperanzador.

Lo primero que vio fue a aquellos tres hombres, de pie frente a él, mirándole de un modo tan hostil, que cabían muy pocas dudas respecto a sus intenciones hacia él. Quiso moverse, y se dio cuenta de que estaba atado a una silla. Entonces, mientras se pasaba la lengua por los labios, se dio cuenta de otras dos cosas: tenía la boca como si se la hubiesen embadurnado con pegamento, y comprendió en el acto que era su propia sangre seca, y vio a la mujer, que estaba junto a una mesa, de pie, vestida solamente, si así podía decirse, con los pantaloncitos y los sujetadores. En aquel momento, ella estaba colocando en su costado herido una ancha tira de esparadrapo color carne, pero, por su actitud, estaba bien claro que aquella herida del punzón no serviría para privarle ni siquiera de una insignificante parte de sus energías. Energías sobre las cuales

Creviston tenía pésimos recuerdos.

Y finalmente, Uriah Creviston experimentó un considerable asombro, contemplando el cuerpo de aquella rubia con lentes, que ya no llevaba lentes. Un cuerpo fino, juvenil, dorado, elástico, bellísimo, que no encajaba demasiado con el rostro mofletudo y carente de gracia.

Ella terminó la cura, se puso la ropa, encendió un cigarrillo… y se quedó mirándolo, fijamente.

—Espero que se haya dado ya cuenta de su situación, señor Langdon —dijo.

Creviston parpadeó. Pero ¿a qué asombrarse? Evidentemente, le habían quitado el pasaporte a su verdadero nombre, y aquellas personas que tenía ante él, no eran de las que podían ser engañadas. La cuestión iba a ser de profesional a profesional.

—Temo que sí —intentó sonreír.

—Bien. ¿Por dónde le parece que empecemos?

—Ya le dije que perderían el tiempo conmigo. Y no porque no quiera decirles nada, dándomelas de valiente… Es que no sé nada.

—¿Nada? ¿Ni siquiera que ayer asesinó a un hombre en plena calle? ¿O va a negarlo?

—Puedo negarlo —murmuró el asesino.

—Lo dudo. La pistola ha sido enviada a la Delegación del FBI en Nueva York, y estoy segura de que no tardarán mucho en decirnos que es la misma arma con la que asesinaron a Maxwell Randall… Me imagino que entiende usted algo de Balística.

—Sí.

—Por el asesinato de Randall tan sólo, usted sería condenado a muerte. ¿Lo entiende?

—Sí.

—Entonces, quizá le convendría pensar en la conveniencia de llegar a un acuerdo. De ninguna manera le prometo la libertad, pero estoy segura de que podría conseguirle cadena perpetua, en lugar de la condena a muerte. Algo es algo. Usted viviría, y nosotros tendríamos más posibilidades de solucionar este asunto. ¿Y bien?

—Me gustaría poder aceptar, pero es imposible. De verdad, están perdiendo el tiempo conmigo: no sé nada.

—¿Nada? Veamos, usted vino de Nassau a asesinar a algunas personas, ¿no es así?

—Sí.

—¿A cuántas personas?

—A dos: Maxwell Randall y Kent Griffin. Recibí todas las instrucciones pertinentes al respecto.

—Eso sí debe poder explicarlo, supongo.

—Sí. Alguien se puso en contacto conmigo en Nassau, por teléfono. Me dijeron que sabían quién era yo y a qué me dedicaba, y me ofrecieron veinticinco mil dólares por un trabajo doble, bien hecho. Acepté. Al día siguiente, recibí una carta en la que venían todas las instrucciones. Así que vine a Nueva York, fui a esperar a Maxwell Randall a la salida del cine al cual le había seguido, y le propuse lo que me habían indicado que debía proponerle. Él aceptó, y también aceptó Kent Griffin.

—¿Los seleccionó usted a ellos dos?

—No. Ya se me dieron sus nombres, y direcciones en Nueva York.

—Pero usted no sabe quién le tiene que pagar.

—Ya me pagaron. Y no conozco a nadie. Solamente sé lo que tenía que hacer, relacionado con esos dos hombres. Las instrucciones eran muy claras y precisas.

—Entiendo. ¿Dónde tiene usted esa carta? ¿La quemó?

—Naturalmente.

—Muy bien, eso lo creo, desde luego. Sabemos, entonces, lo que tenía que hacer usted, relacionado con esos dos pobres muchachos. Uno recibe unos negativos, que tiene que enviar al fotógrafo, el cual los revela, hace copias, las mete en un sobre, y este sobre, en una caja que usted dejó en un banco de Washington Square Park. ¿Sabe usted quién envió los negativos a Maxwell Randall?

—No.

—Mala suerte… para todos. Pero quizá eso se arregle. Volvamos a la caja: ¿qué contenía? Me refiero, claro está, a la caja que usted dejó a disposición de Kent Griffin, y que éste tenía que tirar en la carretera, después de dejar atrás Manhasset y hacer las señales de luz convenidas… ¿Qué contiene esa caja?

—Solamente las fotografías que Griffin habrá puesto en ella, y una pistola, que puse yo.

—¿Quién la recogerá?

—No lo sé. Ahí terminaba mi trabajo: colocar la pistola en la

caja, dejarla allí, asegurarme de que Griffin la recogía, y ya podía regresar a Nassau, o adonde me viniese en gana.

—Pero sin duda esa pistola es para que alguien asesine a alguien, ¿no cree?

—No lo sé.

—En cuanto a usted, tenía que matar a Maxwell Randall y a Kent Griffin… Al primero ya lo mató ayer. Pero, al parecer, le estaba perdonando la vida a Griffin, ya que se iba de Nueva York sin intentar nada contra él. ¿Cómo debo entender eso? Me resisto mucho a creer que un profesional como usted deje una parte del trabajo sin hacer, señor Langdon. Sobre todo, teniendo en cuenta que quien le pagó puede localizarle, y que usted no sabe quién es, lo cual implica un gran peligro para usted por incumplimiento de… contrato. ¿Estoy equivocada?

—No.

—Entonces, explíqueme cómo es posible que se fuese de Estados Unidos sin matar a Kent Griffin, el fotógrafo.

—Él morirá… o moriría esta madrugada.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Anoche, él salió. Yo coloqué una bomba de relojería, dentro de una caja de láminas de plomo muy delgadas bajo su cama, preparada para explotar esta madrugada, a las tres.

Los tres hombres de la CIA respingaron, y miraron a la rubia, que asintió con la cabeza, y señaló a uno de ellos; el espía salió de allí a toda prisa, y segundos después se oía el batir de una puerta.

—Otra pequeña cuestión que pronto quedará solucionada —murmuró la rubia—. Dígame una cosa: ¿usted tiene algo que ver con algún servicio de espionaje?

—¿Espionaje? ¿Yo? ¡Desde luego que no!

—Lo cual me alegra mucho. Es, simplemente, un asesino profesional… ¿Correcto?

—Sí —sonrió, de mala gana, Langdon.

—Entonces, esto, según usted, no tiene nada que ver con el espionaje.

—Para mí es un trabajo como otro cualquiera, muy bien pagado.

—Aparte de Randall y Griffin…, ¿con quién más ha tratado usted?

—Con nadie más. Ya le he dicho que recibí las instrucciones por

correo, y que no sé a quién irá a parar la pistola y las fotografías que ha revelado Griffin. Sólo soy un punto intermedio.

—Nosotros lo llamamos un eslabón —susurró la rubia—. ¿Sabe lo que significa eso?

—No… No muy bien.

—Significa que, cuando usted hubiese regresado a Nassau, le habrían asesinado.

—No… No.

La rubia sonrió despectivamente.

—Ya lo creo que sí. En fin, señor Langdon, de todos modos, usted está condenado… Condenado, si lo llevamos ante un tribunal norteamericano, y condenado, si regresa a Nassau… o a cualquier lugar, ya que no debe quedarle la menor duda de que lo encontrarían. Es más: deben tenerlo todo previsto para eliminarlo. Francamente, no quisiera estar en su pellejo.

—Usted… usted me ha ofrecido cadena perpetua…

—A cambio de información productiva. ¿Cree usted que me ha proporcionado alguna pista que valga la pena?

—¿Cómo iba a hacerlo, si no sé nada? Sólo lo que tenía que hacer yo.

—Pero eso ya lo sabíamos nosotros, antes de que usted hablase, señor Langdon. No, no nos ha servido de nada, lo siento. Pero quizá, si reflexionase un poco más, podría encontrar en su memoria algo que pudiese servirnos… ¿Qué dice a esto?

Langdon tenía la frente cubierta de sudor, y tuvo que tragar saliva, antes de replicar:

—No puedo reflexionar sobre lo que desconozco.

—Peor para usted. Otra cosa: ¿usted sabe lo que contienen esas fotografías que debía revelar Kent Griffin?

—No. Ni siquiera las he visto…

La rubia movió la cabeza con gesto de admiración.

—Es formidable —susurró—. Una cadena perfecta…, que se va rompiendo eslabón a eslabón, uno tras otro. Por el momento, que nosotros sepamos, existen… o existían cinco eslabones. Uno, el hombre, el traidor, que consiguió las fotografías. Dos, Maxwell Randall, que se limitó a recibirlas y a enviarlas a su vez, y que, una vez muerto, quemado el sobre en que las recibió y sin ninguna otra pista anterior a él, deja a ese traidor apartado del asunto… ¿Sabe

usted si el hombre que tomó las fotografías también ha sido o va a ser eliminado?

—No sé nada que no haya dicho ya.

—De acuerdo… Respecto a ese traidor, tengo la esperanza de que muy pronto nos llegarán noticias sobre él. Pero sigamos… El tercer eslabón es Kent Griffin, que debía morir esta madrugada a las tres, ya cumplida su parte, sobre la cual nadie sabría nada… El cuarto eslabón es usted, que, una vez hubiese eliminado al segundo y al tercero, habría sido eliminado a su vez, apenas llegar a Nassau. Y el quinto eslabón es el hombre que, sin duda, tiene que recibir en la carretera 25-A la caja con la pistola y las fotografías del individuo al que yo creo tiene orden de asesinar. De los cinco eslabones, digo, conocemos a tres. Quedan el primero y el quinto, pero creo que pronto sabremos algo del primero. En cuanto al quinto… sólo hay que seguir a Griffin, aguardar a que él tire la caja fuera del coche, esperar…, y detener al hombre que aparezca a recoger esa caja… ¿No le parece?

—Usted sabrá.

—Sé muchas cosas. Por ejemplo, como ya le he dicho, sé que el primer eslabón es un traidor norteamericano. Y sé que el quinto eslabón es otro asesino, como usted. Otro profesional. Y me pregunto…: ¿realmente nos sería tan fácil a nosotros atraparlo cuando fuese a recoger la caja? La cosa no puede ser tan fácil, tan simple… Ese hombre deberá tomar sus precauciones, y no pocas, a pesar de que, posiblemente, le habrán asegurado que todo será muy fácil. Sí, tomará sus precauciones, del mismo modo que las ha tomado usted, presentándose en el Blyton Hotel con documentación falsa, sacando sus cosas poco a poco, utilizando barba… Imposible identificarlo después, y menos aún si la policía buscaba a un tal Uriah Creviston, en lugar de buscar a un tal Roger Langdon. Admirable trabajo. Jamás lo habríamos encontrado a usted, de no haber cometido el fallo de matar a Randall junto al buzón de correos. Un fallo grandioso, ya que los profesionales como usted no cometen pequeños fallos. Cuando caen, caen a plomo, con todo su peso. Pues bien: lo mismo debo pensar del hombre que debe recoger la caja en la carretera 25-A de Long Island… Él tomará sus precauciones. Muchas precauciones… ¿De verdad no le conoce, no sabe quién es o cómo es, no tiene idea sobre…?

—Ya le he dicho todo lo que sé, repito… ¿Qué van a hacer conmigo?

—Salvo nuevas ideas, más provechosas, será entregado a la Justicia de mi país, naturalmente. Y condenado a muerte. Si usted hubiese matado a un agente de la CIA, ya no saldría vivo de esta casa, pero, como era un simple ciudadano, considero que la ley debe decir la última palabra.

—¿No podríamos… llegar a un acuerdo…?

—¿Un acuerdo usted y la CIA?

—Yo y la CIA, no. Yo y ustedes. Tengo algo de dinero…

Simón-Floristería se adelantó, rojo el rostro.

—¡Le voy a romper la…!

La rubia alzó una mano, con gesto autoritario, y ladeó la cabeza, vueltos los ojos hacia la puerta de aquella habitación… Un instante después, se oía el batir de la misma puerta que antes, cuando se había marchado el agente de la CIA: idéntico sonido.

—Alguien ha entrado —susurró.

Simón-Floristería y el otro Simón fueron a colocarse rápidamente a ambos lados de la puerta, pistola en mano, mientras ella pasaba, tras la silla que ocupaba Roger Langdon, también con la pistolita preparada.

Se oyeron unos pasos leves, acercándose a la puerta. Se detuvieron de pronto, y una voz un tanto sobresaltada advirtió:

—Soy yo, Baby: tío Charlie.

Los tres espías se relajaron inmediatamente, y la rubia sonrió.

—Adelante, tío Charlie: le estábamos esperando.

Capítulo VI

Charles Alan Pitzer, jefe del Sector Nueva York de la CIA, entró en la habitación, y en seguida vio al prisionero y a la rubia tras él. Ni siquiera tuvo un segundo de sorpresa ante el aspecto de su espía favorita. Se limitó a saludar con la cabeza a ella, y con un gesto de la mano a su ayudante, Simón-Floristería, y al otro Simón.

—Lo tenemos —dijo.

—¿Lo han conseguido? —exclamó Baby, incrédula.

—Sí. Resultó el plan que usted me propuso: cayó como un pajarillo inocente. Está ahí fuera, con dos muchachos.

—¿Quién es? ¿Quién es el traidor, tío Charlie?

—El asesor militar de la Casa Blanca, Craig Ashbery.

—Oh, no —gimió Brigitte—. ¡Dios mío, no!

Pitzer frunció el ceño, y soltó un gruñido.

—¿Qué más da uno que otro? —masculló—. Aunque hubiera sido otro, su decepción no habría sido menor, supongo. ¿Lo traemos?

—Sí… Sí, háganlo entrar.

Pitzer se asomó por la puerta, e hizo una seña. Tres hombres más entraron en la habitación, uno delante, dos detrás. El de delante estaba lívido. Era un hombre de unos cincuenta años, de aspecto recio, firme, sólido. Su rostro era agradable, bronceado por el sol, de modo que destacaban mucho sus ojos azules. Unas canas en las sienes le conferían un aspecto atractivo e interesante, incluso noble.

Demudado el rostro, se quedó mirando a la rubia, que a su vez le contemplaba con gesto de desaliento.

—Señor Ashbery, por el amor de Dios…, ¿por qué lo ha hecho? —preguntó ella—. ¿Qué se proponía usted?

Craig Ashbery parpadeó, desconcertado.

—Esa voz… La conozco a usted, ¿verdad? —murmuró.

—Usted a mí, si. Pero, al parecer, yo no le conocía a usted… ¿Por qué lo ha hecho? ¿Por dinero? ¡Santo cielo, no me diga que lo ha hecho por eso!

Craig Ashbery bajó la cabeza, y no contestó. No parecía asustado, pero sí completamente derrotado… y desconcertado. Todavía le parecía tener en sus oídos el zumbido del veloz helicóptero que desde Washington le había trasladado a Nueva York, en compañía de aquellos tres hombres. Pero, aún le tenía más fascinado lo que había sucedido en su casa, hacia la una, cuando, a los pocos minutos de terminar el almuerzo, se había presentado Pitzer, con cuatro agentes de la CIA diciendo que iban a detenerle por traición.

—¿Por traición? ¿Está usted loco?

Pitzer no se había inmutado.

—Temo que la locura la ha cometido usted, señor Ashbery. Y le advierto que es inútil que niegue nada… Usted envió una carta a un tal Maxwell Randall, de Nueva York, con los negativos de las fotografías que tomó con una microcámara, durante la última reunión que tuvieron con mister YZ…

—¡Mentira! ¡No sé de qué está hablando!

—Había nueve hombres, además de mister YZ, en aquella reunión, señor Ashbery. Cuatro de ellos, debido al ángulo en que fueron tomadas las fotografías, han sido descartados desde el primer momento. Sólo quedaban cinco sospechosos, usted entre ellos. Pero, seguramente jamás le habríamos descubierto si sus huellas digitales no hubieran sido halladas en el sobre que envió a Maxwell Randall. Éste ha sido asesinado, después de enviar una carta a un tal Kent Griffin… ¿Lo conoce usted?

—¡No!

—No importa. Pero le diré lo que pasó: la policía relacionó la muerte de Randall con la carta que había recibido poco antes, así que subieron a su apartamento, donde solamente encontraron el sobre. Como ese sobre, y el nombre de Kent Griffin, era lo único que tenían, se pusieron a trabajar. Revelaron las fotografías que Randall había recibido y que enviaba a Griffin, y reconocieron en ellas al director de la CIA y al secretario de la Casa Blanca. Nos avisaron, tomamos por nuestra cuenta el sobre que encontramos en el apartamento de Randall, y en nuestros laboratorios obtuvieron varias huellas que había en él. Tres huellas de su

dedo pulgar derecho y una del índice han sido plenamente identificadas… Por favor, tendrá que venir con nosotros.

—Están equivocados… No es cierto… ¡No es cierto!

—Tenemos el sobre y las huellas a su disposición, señor Ashbery. Puede llamar a un abogado, o a quien guste, se le darán todas las satisfacciones que desee. Pero estarnos bien seguros de lo que decimos, porque nuestro director también le ha denunciado.

—¿El… el director… de la CIA?

—Así es. Partiendo de la posición en que debía estar la persona que tomó las fotografías de mister YZ, de acuerdo al ángulo fotográfico, nuestro director acabó por señalarle a usted. Era el único que había estado en aquella posición, y, además, le vio en las manos el encendedor que sin duda contiene la microcámara.

—No… ¡No!

—Es inútil que lo niegue. Y le advierto, señor Ashbery, que estamos dispuestos a todo… Me parece que no le gustará conocer las últimas… técnicas de la CIA sobre interrogatorios… violentos.

—¿No me ha oído, señor Ashbery?

Éste levantó la cabeza, miró a aquella rubia cuya voz le recordaba a alguien, y movió negativamente la cabeza.

—No… Pero ya no importa. ¿Quién es este hombre?

—Otro eslabón de la cadena. ¿Me comprende?

—No… no.

Miraba fijamente a Roger Langdon, el cual hacía lo mismo con él. Y Baby miraba de uno a otro, con gran interés y curiosidad. Con mucha curiosidad. Allá tenía a dos hombres que formaban parte del mismo plan, y que no tenían nada que ver uno con otro, al mismo tiempo. Dos hombres muy diferentes: un consejero militar de la Casa Blanca y un asesino profesional. Ambos en el mismo bando, en la misma operación…, y no se conocían, jamás se habían visto el uno al otro.

—Entonces, le diré que es el hombre que asesinó a Maxwell Randall. ¿Conocía usted a Randall?

—No.

—Personalmente, no, pero sí conocía su nombre y su dirección en Nueva York, ¿no es eso?

—Sí… Sí.

—Tenemos ya la seguridad de que Maxwell Randall era un buen

muchacho. Un poco… despreocupado y alegre, de esos que no se complican la vida. Hoy trabaja aquí, mañana allí… Nada de atarse a un empleo, o a una novia… Un chico simpático, que vive su vida… sin perjudicar a nadie. A ese muchacho le asesinó este hombre, por culpa de usted, señor Ashbery.

—¿Por culpa mía? —respingó éste.

—Bueno… Fue usted quien le envió el sobre con las fotografías que había tomado de *mister* YZ, ¿no es cierto?

—¡Pero yo no sabía que lo iban a matar!

—¿No? Bien… ¿Qué sabía… qué sabe usted, señor Ashbery? ¿O se lo ha explicado ya al señor Pitzer?

—Se lo hemos sacado durante el vuelo —dijo secamente Pitzer —: Y no le va a gustar el final, Baby.

—¿Por qué no? ¿Quiere decir que aún me gustará menos que saber que un asesor militar de la Casa Blanca es un traidor?

—Me temo que así será… Y me pregunto si este hombre no nos ha tomado el pelo.

—Explíquese, por favor.

—Bien… Todo es una conjura militar.

—¿Una qué? —casi gritó Baby.

—Usted, sabe que Ashbery tiene el grado de comandante en la reserva…

—¡Ya sé eso! ¿Qué… qué dice usted de una conjura…?

—Una conjura militar internacional, para asesinar a *mister* YZ.

—Una conjura militar para… ¡Dios mío! ¿De qué está usted hablando, tío Charlie?

—Es lo que hemos deducido de lo que, a las buenas, por el momento, le hemos ido sacando a Ashbery. Según parece, militares de alta graduación de varios países poderosos se han conjurado para matar a *mister* YZ, el hombre que podría terminar con los militares pacíficamente. Si conseguía una paz mundial, duradera y satisfactoria para todos…, ¿qué sería de los militares profesionales?

—No… no puedo creer lo que estoy… oyendo…

—Ya se lo he advertido.

—Pe… pero, entre esos militares…, ¿hay… hay también de los nuestros?

—Naturalmente. Norteamericanos, rusos, ingleses, alemanes, franceses… ¡Yo qué sé! El hecho es que la perspectiva de que la

carrera militar, con todas sus consecuencias, desaparezca más o menos pronto, o que tan solo quede reducida a la mínima expresión representativa de las Fuerzas Armadas de un país, no ha sido acogida con satisfacción en las altas esferas militares. Ni en las de fabricación de armamentos. De modo que algunos militares de varios países lo han preparado todo. Y a Craig Ashbery, por su proximidad a *mister* YZ, le ha correspondido la tarea de… llevarlo al matadero. Todo lo que tenía que hacer era fotografiar a *mister* YZ, y enviar las fotografías. Luego, un asesino profesional se encargaría de matar a mister YZ, una vez lo hubiese conocido por medio de las fotografías que, de un modo indirecto, llegarían a él. La muerte de mister YZ, precisamente cuando se produjese la reunión privada de que ya le hablé entre mister YZ y representantes políticos nuestros y enviados secretos especiales de varios países, provocaría una reacción de disgusto, que aumentaría la posible tensión existente entre los países que habrían enviado representantes. En primer lugar, se acusaría a Estados Unidos de ineptitud… o quizá de falta de auténticos deseos de conseguir una paz mundial…

—¡Pero habría sido Estados Unidos quien lo habría intentado, convocando a esos políticos…!

—Dirían que era una hábil maniobra, política norteamericana. La reunión, por supuesto, se disolvería en el acto, y las cosas seguirían como hasta ahora.

—Es decir: guerra, guerra y guerra…

—Sí —musitó Pitzer, mohíno—: Y si quiere mi opinión, le diré que no conseguiremos nada salvando en esta ocasión a *mister* YZ. Lo matarán, en un lugar u otro, más pronto o más tarde. Está condenado a muerte, haga lo que haga, vaya adonde vaya.

—¿Está sugiriendo… que debemos dejar que lo maten?

—No, no… Pero lo matarán. Si no esta vez, otra. Lo matarán, sea como sea. No podemos hacer nada… Nada. Lo siento.

—Pero podemos… esconderlo… ¡Esconderlo bien!

—¿Dónde?

—No sé… ¡No lo sé!

—Usted sabe muy bien que lo encontrarían.

—Pero esto es solamente una conjura militar, tío Charlie. Podríamos…, abortarla, localizar a esos determinados militares…

¡No irá a decirme que son *todos* los militares del mundo los que quieren matar a *mister* YZ!

—Por supuesto que no. Afortunadamente, se trata sólo de unos pocos de alto rango, que viven de la guerra… No sé cuántos pueden ser: diez, veinte, cien, quinientos… No lo sé. Sean los que sean, están faltando al honor militar que los demás respetan, y que consiste básicamente, en dedicar la vida a la defensa de la patria cuando sea necesario…

—¡Pero eso está bien! —exclamó Brigitte.

—Eso, sí. Digamos, al menos, que es razonable. Pero los que han organizado esto, no quieren la paz, porque la guerra es su modo de vida, su… beneficio. Y no digamos esos fabricantes de armamento: ¿qué harían si no hiciesen armas?

—Entonces… ¡Santo Dios, se trata sólo de un grupo! ¡Es sólo un grupo! —de pronto, su mirada se desvió vivamente hacia Craig Ashbery—. Y usted forma parte de ese grupo, ¿no es así? Claro… Un consejero militar… ¿Qué haría si no tuviese nada que aconsejar? ¿Es eso, Ashbery? ¿Es eso?

—Sí.

—Está bien —Baby se apretó una mano con otra—. ¡Está bien, está bien! Un grupo, ¿eh? Bueno, les vamos a dar una lección, que no olvidarán nunca… ¿Qué nombres conoce usted de ese grupo?

—Ninguno.

Apenas dicho esto, Craig Ashbery se estremeció al mirarlo Baby con los ojos entornados, con una frialdad, con una expresión maligna tal, que el escalofrío fue inevitable.

—Ashbery, está tratando con la agente Baby —susurró ella—. ¿Aún no se ha enterado?

—Sí… Sí, sí.

—Usted no tiene ni idea de lo que yo soy capaz de hacer. Puedo…

—¡Es que no lo sé! —gritó Ashbery, lívido—. ¡Le juro que no lo sé! Recibí la proposición de un modo indirecto, luego las instrucciones… ¡No lo sé, no podría decirle ningún nombre, aunque me hiciese pedazos!

—Yo creo —intervino Pitzer—, que está diciendo la verdad.

—Sí —musitó Brigitte—. Por desgracia, yo también lo creo. Como todos los demás de esta cadena, es un eslabón… suelto, que

en nada podrá ayudarnos… ¿Ni siquiera conoce el nombre del asesino, o dónde está, o…? Me refiero al hombre que tiene que matar a *mister* YZ.

—No sé nada de él, se lo juro.

—¡Deje de jurar! —saltó Brigitte, colocándole la mano ante los ojos, extendidos los dedos índice y corazón—. ¡Deje de jurar o le saco los ojos, canalla miserable! Tenemos en el mundo a un hombre con imaginación, talento y bondad suficientes para encontrar nada menos que seis puntos de paz mundial…, ¡y ustedes quieren asesinarlo! ¡Si usted vuelve a jurar…!

—Será mejor que se calme —murmuró Pitzer.

Baby se volvió hacia él, como una fiera, relucientes los ojos…, pero de pronto, dejó caer los hombros, como agotada.

—Tiene razón, tío Charlie. Voy a calmarme. Sí, voy a calmarme —cerró los ojos, bajó los brazos, y juntó las puntas de los dedos de ambas manos ante su vientre; estuvo así un minuto, respirando cada vez más regularmente, más sosegadamente; por fin, abrió de nuevo los ojos—. Muy bien, Ashbery. No conoce al asesino, ni a los militares, que forman ese grupo. De acuerdo, acepto eso. Pero usted sabe que van… que quieren matar a *mister* YZ. ¿Cierto?

—Sí… Eso sí lo sé —susurró Craig Ashbery.

—¿Dónde y cuándo? ¿O tampoco sabe eso?

La vacilación de Craig Ashbery fue captada por todos, cuando contestó:

—No… No lo sé.

—Sujétenlo —dijo Baby; y los dos agentes de la CIA se apresuraron a complacer a su reina, que volvió a alzar la mano, con dos dedos rígidos, y apuntó a los ojos de Ashbery; su rostro y sus ojos parecían de hielo cuando insistió—: ¿Dónde y cuándo?

—En… en la reunión… ¡En la reunión! —gritó Ashbery, ya completamente pálido, como si jamás hubiese tenido sangre—. ¡En la reunión de enviados especiales, mañana por la noche!

—¿Dónde?

—El… el director de la CIA, lo… lo sabe tan bien como yo…

—De acuerdo. Sí, claro… ¿Estará allí el asesino?

—Sí… Sí.

—¿Cómo conoce él ese lugar de reunión?

—Yo…, yo se lo dije…

—¿Usted? ¡Acaba de decir que no le conoce, que…!

—¡Envié otra carta, a un apartado de correos de Nueva York, indicando el lugar y la fecha! ¡Eso es todo lo que sé!

—Vaya, esto sí que tiene gracia, Ashbery. ¿Se da cuenta de que la CIA le ha salvado la vida?

—¿Qué… qué…?

—Si usted no hubiese sido traído aquí, seguramente otro asesino se habría encargado de hacerle callar para siempre. Por supuesto, un asesino que tampoco sabría nada de nada…, y que, a su vez, igual que tenía que ocurrir con Roger Langdon —señaló a éste—, habría sido luego eliminado. Esta es una fantástica cadena, cuyos eslabones van siendo destruidos uno a uno, ¿no lo comprende? Aunque… No. No le habrían matado hoy, desde luego, pues eso habría provocado la alarma en torno a esa reunión… No, no, no. Hoy, no. Habrían esperado a que la reunión terminase, a que asesinasen a *mister* YZ. Luego, le habrían matado a usted, que sabía demasiado. Si, Ashbery: usted, igual que Langdon, está condenado a muerte, vaya adonde vaya, haga lo que haga…

—No, no… ¡NO!

—Sí —sonrió gélidamente la fea rubia—. Ya lo creo que sí. Pero…, ¿le gustaría salvar su vida?

—¿Cómo… cómo podría conseguir… eso?

—Mire, a Langdon vamos a entregarlo a las autoridades… civiles, acusado de asesinato, simplemente. Con usted, teniendo en cuenta quién es, podrían hacerse… algunos arreglos… bastante interesantes…

—Un momento —intervino Pitzer—. Creo que deberíamos ocuparnos de esa última carta que él ha enviado, informando del lugar de esa reunión. Quizá estemos todavía a tiempo de atrapar al hombre que recoja esa información, o al menos, por medio del apartado de correos…

—No… No, no. Eso provocaría la alarma entre «ellos», tío Charlie. Dejemos que ese hombre recoja esa información…, y el paquete con las fotografías y la pistola… Sí, le vamos a dejar que haga su trabajo. Al menos, parte de él.

—¿Adónde quiere usted llegar?

—Al final… Al final, tío Charlie.

—Entiendo.

—¿Lo entiende? ¿De veras?

—Bueno… Para que ese asesino pueda matar a *mister* YZ, deberá estar en el lugar de la reunión, ¿no?

—Evidentemente. ¿Y…?

—Y usted quiere dejarle moverse libremente para que no desconfíe, y atraparlo allí, en ese lugar. Si intentásemos cazarlo hoy, al recoger la última carta de Ashbery, o la caja con la pistola y las fotografías, quizá no apareciese, o pudiese escapar… Y usted quiere atraparlo, ¿no es cierto?

—Pues… más o menos, más o menos.

—¿Y de qué serviría eso? —intervino Simón-Floristería—. Si ese asesino, como todos los demás eslabones de esta cadena, no sabe nada, excepto que tiene que asesinar a un hombre cuya foto ha recibido…, ¿de qué nos servirá? No sabrá nada de nada, no nos servirá para nada… ¡Para nada!

—Se están equivocando —sonrió pérfidamente la espía más peligrosa del mundo.

—¿Cree que precisamente ese asesino sí sabrá algo, que conocerá a alguien, que sabrá algún nombre…?

—No, no. Estoy convencida de que él, como los demás, no sabe nada de nada. Pero nos será utilísimo: con él, vamos a darles a ese grupo de militares una lección que jamás olvidarán… ¿De qué se ríe usted, Langdon?

—De nada.

—¿De nada? Me ha parecido ver en su rostro una… sonrisita divertida.

—Sí a usted le parece que estoy en situación de sonreír, divertido… —masculló el prisionero.

Baby se le quedó mirando fijamente unos segundos, con el ceño fruncido. Bien… Desde luego, podía estar equivocada, claro. Roger Langdon tenía el rostro lleno de sangre seca, y, quizá, lo que había sido un gesto de dolor o cansancio le había parecido a ella una sonrisa…

—Está bien. Sigamos con lo nuestro… ¿Usted está dispuesto a colaborar, Ashbery?

—¿Yo? ¿Cómo? —se sorprendió el traidor.

—Veamos… ¿Qué le habían ofrecido a usted, a cambio de su participación en este asunto? ¿Dinero?

—No… El grado de general antes de dos años, y la jefatura absoluta del asesoramiento militar nacional.

—¡Fiiiuuu…! —silbó graciosamente la rubia—. No está nada mal, francamente. Y me temo que yo no puedo ofrecerle tanto…, según cómo se miré, claro. Yo sólo puedo ofrecerle librarle de un consejo de guerra y sus consecuencias.

—¿Usted puede garantizarme eso? —gritó Ashbery.

—Sí. Y si pregunta, le dirán que cuando Baby garantiza una cosa, siempre la cumple.

—Acepto… ¡Acepto, haré lo que usted me diga…!

Baby se acercó a la mesa donde tenía su maletín, sacó un cigarrillo, y le prendió fuego con su encendedor de platino con brillantitos incrustados, mirando pensativamente a aquel hombre…

—¿Va a confiar en él? —pareció adivinar sus pensamientos Simón-Floristería.

—¿Qué remedio, Simón? Además, por la cuenta que le tiene, hará lo que le diga. ¿No es cierto, Ashbery?

—¡Sí, lo haré, se lo…! ¡Lo haré, sea lo que sea!

—En realidad, es muy sencillo: lo llevarán a Washington de nuevo, como si nada hubiese sucedido, y lo dejarán en su casa… Exactamente como si nada hubiese sucedido. Si alguien se interesase por su viaje relámpago a Nueva York, usted dirá… No sé… Por ejemplo, que ha sido requerido por nuestros representantes en la ONU para hacerle una consulta. Por lo demás, seguirá haciendo vida normal, acudirá mañana a esa reunión. Todo normal, Ashbery.

Éste, que miraba incrédulamente a la espía, pudo musitar, por fin:

—¿Quiere eso decir… que me deja en libertad?

—Vigilada, no lo olvide. Siempre habrán cerca de usted algunos de mis niños, ocultos muy discretamente —señaló a los agentes de la CIA—. Estará en todo momento bajo su vigilancia, de modo que será mejor que no haga tonterías, que cumpla su parte de este convenio. ¿Está claro?

—Sí… Sí. No le fallaré.

—Bueno, la verdad es que no sé si confiar demasiado en usted, Ashbery: no ha demostrado ser muy cauto.

—Ni se me ocurrió que pudiesen encontrar mis huellas.

—¿Sus huellas? ¿Dónde? ¿A qué se refiere? —sonrió con sarcasmo la rubia.

—Me refiero a las huellas que dejé en el sobre que envié a ese Maxwell Randall…

—Ah… Oh, no, no había huellas qué localizar, ya que el pobre muchacho quemó el sobre, apenas recibirlo.

Craig Ashbery quedó como si acabase de recibir un martillazo en el estómago.

—¿Qué… qué dice…?

—Que el sobre fue quemado en seguida. Esto fue una idea mía, que ha resultado… Y espero que los otros cuatro caballeros me perdonen.

—¿Qué… qué cuatro…?

—Los restantes que pudieron tomar las fotografías de *mister* YZ. Cada uno de ustedes cinco, a instancias mías, recibieron la visita de un grupito de agentes de la CIA, que se aprendieron el cuento de las huellas y demás. Los otros resistieron estupendamente, se indignaron sin duda, yo qué sé… Pero usted, el verdadero culpable, cayó en la trampa… como un tonto. ¿Verdad, tío Charlie?

—Verdad —se permitió éste una sonrisa.

—Entonces —tartamudeó Ashbery—, eso de las huellas y… ¿Todo era mentira, no tenían la seguridad de que había sido yo…?

—Ninguna seguridad, Ashbery —dijo Pitzer—: todo fue una pequeña treta de Baby, que, en honor a la verdad, todos creíamos que no daría resultado. Ni ella misma tenía esperanzas.

—Es cierto —sonrió la rubia—. Pero ya ve: siempre hay un tonto para una trampa tonta. Llévenselo. Y mucho cuidado con lo que hace hasta el momento de la reunión, Ashbery.

Éste, que parecía haberse convertido en piedra, no reaccionó hasta que uno de los agentes de la CIA le dio un empujoncito hacia la puerta, sonriendo sardónicamente. Entonces, Craig Ashbery parpadeó, su boca se abrió… Parecía sufrir un ataque invencible de estupor, de incredulidad…, de estupidez, en suma. Salió de allí, sin haber dicho una sola palabra más.

—Usted se quedará conmigo, tío Charlie, si le parece bien —dijo Baby—. Y ustedes dos, queridos, llévense a Langdon de aquí… Entréguenlo a la policía, y digan que, oportunamente, la CIA les enviará un informe completo y todos los detalles que se les ocurra

solicitar.

—*Okay* —sonrió Simón-Floristería—. Desatemos a este tipo y a la policía con él, Reg… Simón.

El otro Simón también sonrió. Desataron a Langdon, lo pusieron en pie, y lo empujaron hacia la puerta.

—Andando, corderito —dijo Simón.

—Calma —sonrió Roger Langdon—. A mí nadie va a juzgarme, ni a llevarme y traerme como a un muñeco, así que váyanse todos al demonio. Especialmente, usted, maldita estúpida —terminó, mirando a Baby.

Y todavía lo miraba ella entre incrédula y divertida cuando Roger Langdon alzó el brazo izquierdo, y cogió entre sus dientes uno de los botones del puño de la chaqueta… Brigitte saltó hacia él, gritando, y lo asió por la garganta con ambas manos…, pero ya el asesino profesional, que no quería ser juzgado, se había tragado el pequeño botón… Y apenas lo soltó Baby lentamente, se desplomó al suelo, jadeando:

—Es… tú… pi… da…

Brigitte Montfort se arrodilló junto a él, y todavía pudo ver el último destello de vida en aquellos claros ojos, que muy pronto parecieron ir convirtiéndose en cristal…, mientras un poco de espuma verdosa aparecía por un lado de su crispada boca.

—Cianuro —murmuró Pitzer—. ¡Vaya un tipo!

Todo un profesional —susurró Baby—. Llévenselo de aquí, Simón.

—Bien —murmuró Pitzer, cuando sus hombres hubieron salido con el cadáver de Langdon—. Ya sólo nos queda por conocer al último eslabón, Brigitte: el hombre que ha de materializar el asesinato de *mister* YZ en esa reunión. ¿De verdad no quiere que intentemos atraparlo?

—De verdad —Brigitte miró su relojito, y efectuó un rápido cálculo, al ver que señalaba las cuatro y veinticinco minutos—. Las cuatro y veinticinco…, es decir, las dieciséis veinticinco… Kent Griffin debe estar ya en Manhasset, tomando unos tragos…

—Quizá maten al muchacho, después que haya entregado la caja.

—No. Langdon le había puesto una bomba bajo la cama…, y ya ha ido un Simón a retirarla. No debemos preocuparnos por ese

simpático fotógrafo, tío Charlie. ¿Sabe qué podría usted hacer?

—Lo que usted ordene —sonrió Pitzer.

—No se lo tome así —rió ella, pasándole un brazo por los hombros y besándole en la frente—. Ya sabe que yo soy de la opinión de que el mando debe ostentarlo la persona que mejor esté controlando la situación.

—Pero da la *casualidad* de que siempre es usted quien la controla.

—Caramba, cómo se pone usted... ¿Qué culpa tengo yo de ser una hermosísima e inteligente jovencita?

—Ya que hablamos de eso, ¿por qué no se quita de una vez todos esos perifollos? Está usted horrible, querida mía.

—Me parece que todavía los llevaré unas horas más. Bueno, tío Charlie, lo que yo creo que debería hacer usted es ir a la floristería, llamar a la Central, y presentar el informe de todo esto a nuestro director, suplicándole que siga mis... sugerencias respecto a lo que conviene hacer, por el momento, con Craig Ashbery. Al mismo tiempo, pídale a nuestro amado jefazo que le diga dónde será esa reunión, y una autorización para que yo asista a ella.

—Estaba seguro de que quería asistir. ¿La llamo por la radio, o estará en alguna parte con teléfono?

—Estaré en mi apartamento a partir de las... nueve de la noche —sonrió—: de las veintiuna horas.

—Está bien. Mire, no quiero parecerle pesado, pero ese asesino que va a recibir la caja con la pistola y las fotografías de *mister* YZ puede ser muy peligroso. Hasta ayer no ha podido saber dónde tendrá que cometer el asesinato, y el hecho que esté dispuesto a llevarlo a cabo, sea donde sea, debería hacernos comprender que es un... profesional fuera de serie. Todo estará vigilado, y...

—Relajaremos un poco la vigilancia, tío Charlie: quiero que ese asesino se acerque, y le aseguro que no escapará.

—Si usted interviene, estoy seguro de ello. Pero la pregunta es ésta: ¿y si cuando usted lo atrape, él ya ha disparado contra su víctima?

—Tiene razón —parpadeó la divina espía—. Pero, querido mío, siempre hay que arriesgar algo para ganar algo, ¿no le parece? Y ahora, perdóneme, pero tengo mucha, muchísima prisa...

Capítulo VII

El reluciente «Cadillac» pasó entre las puertas recién abiertas en las altas verjas de hierro forjado que rodeaba la lujosa quinta, sita en las afueras de Nueva York, casi tocando a New Jersey, y se detuvo unos pocos metros más allá. Mientras dos hombres cerraban de nuevo las puertas, otros dos aparecieron, uno a cada lado del coche, como brotados de la oscuridad, como auténticas sombras. Más al fondo, entre los pinos, se veía la hermosa casa, iluminada muy discretamente.

La hermosísima, divina criatura que iba al volante del «Cadillac» sonrió cuando por cada ventanilla, que le habían hecho abrir los vigilantes de afuera, apareció una cabeza de hombre.

—Hola —saludó—. ¿Qué tal?

—Muy bien, gracias —dijo el que estaba a su derecha, mientras que el de la izquierda, más cerca de ella, podía verla mejor y por tanto estaba mudo de admiración—. ¿Y usted?

—Psé… Me las arreglo para ir viviendo.

—Y nosotros nos preguntamos cómo lo consigue… ¿Baby?

—¡Cómo! —se sorprendió la divina—. ¿Acaso esperaban a otra mujer? ¡Eso es infidelidad!

—No tema —pudo por fin hablar el que estaba junto a la ventanilla del volante—: los Simones jamás podremos amar a otra mujer.

—Eso ya me gusta más —sonrió dulcemente Baby—. ¿Están vigilando bien, Simón?

—Pues… no —el agente de la CIA parecía desconcertado—. La verdad es que no. Esas son las órdenes… ¿A usted no le parecen descabelladas?

—Esas órdenes las di yo —murmuró Baby.

—Ah —Simón parpadeó—. Entonces, todo va bien. Seguiremos vigilando mal…, pero simulando que nos tomamos mucho interés.

—Supongo que están un poco desorientados con esto, ¿no?

—Antes, sí. Ahora, ya no. Antes que usted, ha llegado el jefe del Sector Nueva York: la está esperando en la casa.

—Muy bien. Nos veremos luego, queridos. Sigan vigilando mal.

—Sabíamos que iba a venir, así que nos hemos permitido… realizar un pequeño robo en esta hermosa quinta, Baby.

—Oh… ¿Han robado? Eso está muy feo, Simón… ¿Qué han robado?

La mano derecha del hombre de la CIA apareció en la ventanilla, con unas cuantas flores.

—Estas rosas para usted. Sea bienvenida.

Brigitte Montfort tomó las rosas, miró a un Simón, al otro… No dijo nada. Simplemente, con la punta de un dedito tiró un beso a cada uno, y reanudó la marcha hacia la casa, por el sendero de tierra prensada.

Apenas había detenido el coche, Charles Alan Pitzer apareció en la puerta de la mansión, acompañado de Simón-Floristería. Todavía llegó a tiempo de abrirle la puerta, y, apenas ella hubo salido, Simón se puso al volante llevó al coche a la circular zona de aparcamiento, rodeada de arbustos de flores.

—Dentro de muy poco, llegarán los demás —susurró Pitzer—. ¿Quiere echar un vistazo a la casa, mientras tanto?

—No. ¿Para qué?

—Pues… no sé. Si ha de pasar algo ahí dentro, pensé que le gustaría conocer el terreno.

Brigitte Montfort movió negativamente la cabeza.

—No va a pasar nada ahí dentro, tío Charlie… Lo que tenga que pasar, pasará aquí fuera.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que el asesino está en el jardín, no en la casa.

—Imposible —negó Pitzer, un poco enfurruñado—. Siguiendo sus instrucciones, no nos hemos tomado muy en serio lo de registrar aquí fuera, y montar una vigilancia, pero aún haciéndolo mal, hemos llegado a la conclusión de que nadie puede entrar ni salir sin que lo veamos… Y no me imagino a ningún asesino tan estúpido de acometer una acción en la que sabría que iba a morir él también.

—¿Cómo? —le miró vivamente Brigitte—. ¡Me pareció que dije bien claro que no había que matarlo!

—Sí, eso lo sabemos nosotros, y lo tendremos en cuenta, pero él no sabe que hay orden de dejarle una cierta libertad de movimientos y respetar su vida. De manera que verá las cosas tan mal, que no hará nada. Esto es, que no vendrá…

—Ya está aquí.

—Vamos, vamos, Brigitte…

—Ya está aquí —insistió ella—. Está escondido, agazapado en lugar conveniente, y, además, tiene preparado su sistema de fuga. Un sistema infalible.

—Escuche —farfulló Pitzer—, si usted sabe más de lo que está diciendo a todo el mundo, me parece bien. Pero ¡por todos los demonios, dígame a mí, de una vez, qué es lo que sabe!

—Sólo sé que es un asesino profesional de primera categoría, y que, no olvide esto, tío Charlie, cuenta con ayuda. Usted está olvidando que hay algunos militares de alta graduación metidos en este asunto, y que se las habrán arreglado para… asesorar al asesino, y ofrecerle indirectamente tales facilidades, que él no ha podido rechazar el trabajo.

—Es muy arriesgado, de todos modos… Muy arriesgado. Si le dejamos disparar, matará a *mister* YZ. Un hombre como el que usted describe, no puede permitirse fallar un solo disparo.

—¿Un hombre? ¿Y quién le asegura a usted que es un hombre la persona encargada de asesinar a *mister* YZ?

—Dios… ¡Por todos los…!

—¡Cuidado! Si menciona primero a Dios, no lo mezcle con los demonios, tío Charlie.

—¡Una mujer…! ¡No se me había ocurrido!

—Eso quizá sea debido a que usted no conoce a ninguna mujer capaz de cometer el asesinato perfecto, en cualquier circunstancia.

—Está bien, soy un bobo —gruñó Pitzer—. Pero con todo lo que usted está diciendo, insisto todavía más en que quizá debimos probar a detener a ese… o esa asesina, cuando se presentó a recoger la caja en la carretera 25-A.

—No señor, porque entonces no habríamos podido darles una inolvidable lección a los militares que han preparado esto.

—Mire, usted me está volviendo loco… ¿Cómo vamos a darles una lección a esa gente?

—Una lección inolvidable, se lo garantizo… Ahí viene Simón.

—Majestad, su coche está estacionado —llegó diciendo el ayudante de Pitzer, intentando sonreír.

—Gracias, hermoso paje —rió la divina—. ¿Se ha interesado por el servicio de esta pequeña fiesta?

—Sí.

—¿Y…?

—Todos son conocidos, están clasificados, conocemos sus antecedentes… Además del servicio de la casa, hay tres camareros más, y dos camareras; y un ayudante de cocina. Todos ellos, enviados, como otras veces, por una agencia a la que ha recurrido en diversas ocasiones el propietario de la quinta, cuando da sus fiestas… No hay nada sospechoso en nadie.

—Vaya… Nos lo están poniendo difícil, ¿verdad?

—Bueno —vaciló Simón—, yo más bien creo que el asesino no vendrá.

—Desde luego que no vendrá…, porque ya ha venido, Simón.

Por un instante, el ayudante de Pitzer quedó estupefacto. Luego, soltó una risita.

—Je, je… ¡Desde luego, sus bromas son formidables, Baby!

—No es ninguna broma —rió también ella, con toda naturalidad —. Y hasta es posible que nos esté viendo ahora. Así que sonría, Simón, sonría… Y usted también, tío Charlie.

Pitzer sonrió como si le estuviesen arrancando una muela.

—Su sentido del humor acabará conmigo —aseguró.

Simón también sonreía, como si tuviese un bolígrafo dentro de la boca, de mejilla a mejilla.

—Pues a mí me gusta el sentido del humor de Baby, pero a veces no lo entiendo. ¿Cómo ha podido entrar nadie aquí, si desde la mañana estamos vigilando? Y por muy mal que lo hayamos hecho, siguiendo las instrucciones…

—¿Quién le dice a usted que el asesino ha entrado en el jardín *después* de que la CIA colocase la vigilancia? —seguía riendo encantadoramente Brigitte Montfort.

—¿Qué…? —respingó Simón.

—Sonría… Sonría, querido.

—Pe… pero… pero…

—El asesino sabía ya anoche dónde sería la reunión. ¿Cree que no previno la vigilancia que se colocaría *hoy* en esta quinta?

—¿Quiere decir… que ese asesino vino… anoche…, y que, desde entonces, está escondido en alguna parte de la quinta?

—Preferentemente, en el jardín. Hasta luego, queridos… Voy a darle la bienvenida a *mister* YZ: ¡tengo tantos deseos de conocerle!

Y dejando a los dos hombres sonriendo crispadamente, la espía más peligrosa del mundo regresó a pie hacia la entrada a la quinta, mirando, sonriente, a ambos lados del sendero… No vio nada, no vio a nadie, pero un escalofrío recorrió su espalda, estremeciéndola, al pensar que, en aquel mismo instante, un par de ojos podían estar fijos en ella… Pero no: no era ella la víctima, en esta ocasión. No era la pieza a cobrar…

«Si me equivoco, nada habrá servido de nada. Si el asesino no vino anoche, ya no vendrá… No se atrevería a entrar. Tiene que estar ya aquí…, o no vendrá».

También pensó en la posibilidad de que, en lugar de utilizar la pistola que Roger Langdon le había proporcionado junto con las fotografías, el asesino utilizase una bomba, lanzándola contra el coche en el que llegaría *mister* YZ… No. Tampoco. Porque…, ¿cómo podía el asesino saber en qué coche iba a llegar *mister* YZ?

—Tiene que hacerlo delante de la casa, cuando lo vea salir del coche —siguió pensando—. Al llegar, no cuando se marche… Al llegar, para impedirle hablar con los representantes de esos países, de modo que éstos crean que es una jugada de la CIA, que se ha inventado todo eso de los seis puntos de paz, para imponerlos astutamente, de modo que favorezcan a Estados Unidos, utilizando… a un pobre desdichado como… inventor de la paz, pero destinado desde el primer momento al sacrificio. Sí: disparará en cuanto vea a su víctima salir del coche…

Brigitte Montfort, alias *Baby*, se detuvo en seco, y el esfuerzo que realizó para no volverse casi le resultó doloroso. La nueva idea la dejó paralizada, helada: ¿al salir del coche? ¿Cómo iba a disparar el asesino desde el jardín, teniendo de espaldas a los hombres que irían saliendo de los coches para entrar en la casa? Si los veía de espaldas, ¿cómo podría identificar a su pieza? Tenía que verlos de frente para que la luz diese de lleno en los rostros de las personas que fuesen llegando, y poder así identificar, sin lugar a dudas, a la piezas que debía cobrar…

Tenía que verlos de frente, esto es, desde la misma casa.

¿Desde la puerta, quizá? ¿Desde una ventana? ¿Quizá le esperaría dentro, a pesar de lo que ella creía, esto es, que lo haría al aire libre, para poder escapar a toda prisa…?

La conclusión sólo podía ser una:

—El tejado… ¡Santo Dios, el tejado!

Caminó unos cuantos pasos más, y volvió a detenerse, girándose lentamente hacia la casa. La luz de la planta baja servía para que, en contraste, el tejado apenas resultase visible. Pero si era lo bastante visible para que Baby viese la forma de las varias vertientes, formando ángulos… Era una mansión grande, tenía un tejado lógicamente grande, con pliegues…

Podía hacer rodear la casa, ahora ya sin disimulos, pero un nuevo pensamiento cruzó por su mente: aquel hombre o mujer era un asesino profesional, cada bala disparada por él tenía que dar en el blanco… ¿Por qué arriesgarse a que matase a algunos agentes de la CIA, antes de que pudiesen cazarlo… vivo?

Continuó caminando hacia las verjas, y, poco después, uno de los agentes de la CIA aparecía ante ella.

—Va a coger frío —dijo—. Y sería una cosa tonta que la reina de la CIA pillase una vulgar pulmonía. Con ese vestido de noche, con tan poca ropa…

—Simón, vaya a la puerta, y quédese allí, esperando a nuestro director. Cuando llegue, dígale que no vaya hacia la casa hasta que hayan pasado… diez minutos a partir de ahora. Y si llegan antes otros… invitados, entreténgalos ese tiempo, sea como sea, antes que sigan hacia la casa. ¿Lo entiende?

—No, pero lo haré. Je, je.

—¿De qué se ríe? —se sorprendió Brigitte.

—Me va a gustar mucho darle una orden al director de la CIA.

—Oh —sonrió Brigitte—. Bueno, pero sea amable con él: ya sabe que es más difícil saber mandar que saber obedecer.

—Reflexionaré sobre eso.

Brigitte regresó hacia la casa, donde, de nuevo, al llegar a la puerta, salió Pitzer a su encuentro.

—¿Se puede saber a qué se dedica usted?

—Todo en orden —dijo ella, en voz un tanto alta—. Vamos a tomar algo, mientras esperamos a los invitados, tío Charlie.

Lo tomó de un brazo, y casi lo empujó hacia el interior de la

casa. Simón-Floristería estaba en el vestíbulo, contemplando un cuadro. Se volvió, y sonrió, ceñudo.

—¿Me puede explicar…? —empezó Pitzer.

—Está en el tejado —dijo Brigitte—. ¿Lo examinaron ustedes?

—¿El tejado? —palideció Pitzer—. No…

—Menos mal. Ese asesino habría matado a alguno de ustedes… Vamos allá.

—¿Adónde?

—Al tejado. Entiendo que usted conoce la casa, tío Charlie, ¿no es así? Pues lléveme adonde haya una salida al tejado.

—¿Está en el tejado? —exclamó Simón, llegando junto a ellos.

—Creo que sí, Simón.

—¡Bien! ¡Lo vamos a cazar como…!

—No. Voy a subir yo sola. Ustedes sigan comportándose con la normalidad propia del caso. Vamos, tío Charlie.

—Brigitte…

—¡No me haga perder el tiempo, disponemos sólo de ocho minutos, y, si es posible, quiero evitar que ese hombre dispare ni una sola vez!

—Si está en el tejado, podemos…

—¡Si está, yo lo cazaré! ¡Y si no está arriba, y sí en el jardín, se alarmará al ver que lo buscamos todos, y quizá pierda los nervios y tengamos que lamentar varias muertes!

—Pero usted sola…

—Tío Charlie, usted me ha enviado sola a todas las partes del mundo… ¿qué le pasa? ¿Teme que me ocurra algo en un tejado? Y otra cosa: ¿alguna vez ha conseguido usted persuadirme de que haga lo contrario de lo que quiero hacer?

—Es una locura —musitó. Simón—. Yo podría acompañarla…

—¡Me están irritando los dos!

—Está bien —asintió Pitzer, muy pálido—. Venga conmigo.

Señaló hacia las blancas escaleras que conducían al piso superior. Desde allí, por el pasillo, llegaron a una puerta del fondo, que Pitzer abrió, metió una mano…

—No encienda ninguna luz —susurró Brigitte.

—Hay una escalera que arranca desde delante mismo de nosotros —susurró también Pitzer—. Al final, está la trampilla de acceso al tejado.

—¿Chirría?

—No… no lo sé, no intenté abrirla…

—Tendré que correr ese riesgo… Y el riesgo de matarlo, ya que no tengo tiempo de ir a buscar ampollas de gas —sacó su pistolita, despegándola del muslo y dejando allí la tira de esparadrapo color carne—. Vuelva abajo, tío Charlie. Y no se le ocurra concentrar a los muchachos alrededor de la casa, y mirando hacia el tejado. No haga nada, ¿entiende? *¡Nada!*

Charles Alan Pitzer tragó saliva, y asintió con un gesto. ¿Por qué asustarse? Quien iba a subir al tejado era nada más y nada menos que Baby…

La cual no le dio tiempo a decir nada. Entró, cerró la puerta cuidadosamente tras ella, y quedó inmóvil. Por debajo de la puerta recién cerrada entraba una delgadísima raya de luz, gracias a la cual, a los pocos segundos, pudo ir viendo lo que había a su alrededor… La escalera estaba frente a ella. Se quitó los zapatos, se acercó, y puso un pie en uno de los peldaños de madera. No crujió. El segundo peldaño tampoco, ni el tercero… Lentamente, con todo cuidado, Brigitte fue subiendo, hasta que su cabeza entró en contacto con la trampilla. Deslizó la pistolita en el escote, y estuvo tanteando con ambas manos hasta encontrar el cerrojo. Lo descorrió, tensa, temiendo producir ruido, pero esto no sucedió. Empujó, y tres rayas de claridad azul oscuro aparecieron sobre su cabeza. Subió otro escalón, otro, otro…, siempre empujando por encima de ella la trampilla. Finalmente, salió al tejado, y, siempre con gran cuidado, bajó la trampilla.

Luego, miró alrededor. Se encontraba en el ángulo de dos de las vertientes del tejado, como hundida. A derecha e izquierda, la capa de tejas ascendía en ángulos de unos cuarenta y cinco grados.

«Estoy en el fondo de la casa —pensó—, de modo que tengo que recorrer todo el tejado para llegar a la parte de delante… Él tiene que estar ya allí, esperando…».

Apoyando manos y pies en la vertiente, comenzó a escalarla. Sentía en los pies, a través de las medias, el frío de las tejas y el suave airecillo de abajo, arriba parecía más fuerte y helado, como un contacto en su piel, en sus desnudos hombros, en la garganta y los brazos… El vestido de noche que llevaba era precioso, elegantísimo… pero en absoluto apropiado para una actividad como

la que había emprendido. Además, le estaba molestando, no le permitía gatear bien… Se detuvo a media pendiente, y se quitó el vestido, quedando solamente en sujetador y pantaloncitos.

«Pues me parece que sí que voy a pillar una pulmonía…».

Llegó al ángulo superior de aquellas dos vertientes, y asomó con todo cuidado la cabeza…, al mismo tiempo que, en las verjas, veía las luces de un coche que llegaba, y oía el motor. Miró la esfera luminosa de su relojito de pulsera, y estuvo a punto de lanzar un grito de sobresalto: ¡habían pasado ya nueve minutos…!

Miró hacia la parte delantera de la casa, pero todo lo que vio fue otro ángulo de dos vertientes. Es decir, que tenía que recorrer otra distancia igual, si quería llegar a un lugar desde el que pudiera ver la parte delantera… Y todavía no había bajado la primera pendiente cuando oyó el motor de un coche, acercándose a la casa. No… Los coches. Ya habían pasado los diez minutos, y, por tanto, los coches llegarían ante la casa, a medida que arribasen a la villa… Inclinada, apoyando pies y manos en el tejado, emprendió la ascensión de la que suponía era la última pendiente. Llegó arriba, estuvo unos segundos tomando aliento, y luego se asomó, velozmente… No vio nada. Solamente, tejado, y el contraste entre el borde de éste y el jardín. Retiró la cabeza y miró hacia el cielo, en busca de la Luna, que le estaba jugando una mala pasada. Es decir, no la Luna, que estaba en su fase menguante, sino las nubes que la ocultaban, y que sólo permitían divisar unas pocas estrellas… Sacó la pistolita, mientras oía la llegada de otro coche, y se asomó otra vez, ahora durante tres o cuatro segundos… Nada. De nuevo retiró la cabeza, notándose tensa, nerviosa.

«Debe estar vestido de negro —reflexionó, buscando serenarse—. Y quizá, oculto por el saliente de una de las chimeneas… Lo más probable es que esté boca abajo, y, puesto que están llegando los coches, tiene que estar asomado, mirando, preparado para disparar… Pero no le veo… ¡Y sé que tiene que estar ahí!».

Una vez más se asomó, pistolita por delante. Si podía, evitaría que el asesino disparase, pero, desde luego, no a costa de su propia vida, ya que la persona que podía morir, si el asesino disparaba, no valía la pena…

Estaba llegando otro coche, y el resplandor de sus luces se esparcía hacia arriba como una ligera niebla amarillenta, que

creaba más sombras en el tejado, en lugar de disipar las existencias. El coche se detuvo, las luces fueron apagadas… Durante dos o tres segundos, Brigitte todavía permaneció un poco deslumbrada. Luego, de pronto, distinguió aquella forma tendida en el borde del tejado. Comenzó a erguirse, adelantando la pistolita…, y en aquel momento, a sus oídos llegó un sonido que jamás confundiría con ningún otro:

Plop.

Al mismo tiempo, abajo se oía un grito, y una pincelada rojiza delataba la silueta tendida en el borde del tejado, que comenzó a moverse a toda prisa, se puso en pie, se volvió…

—¡No se mueva! —gritó Baby—. ¡Le estamos…!

Lo que sucedió en aquel momento dejó a Brigitte Montfort petrificada de desconcierto, durante un par de segundos: allá, donde estaba el asesino vestido de negro, brotó una llamarada de color azul pálido, muy intensa, violenta, esparciendo una claridad parecida a la de un relámpago, y sonó un grito de sorpresa, de terror, de muerte…, mientras el asesino salía despedido por el aire, hacia atrás, convertido en una antorcha azulada todavía, pero inmediatamente roja y amarilla, morada, negra… Abajo se oían gritos, exclamaciones, carreras, llamadas… Se estaban encendiendo luces…

La atónita espía internacional pudo reaccionar por fin y fue para pensar:

«Efectivamente, soy una estúpida: Langdon tenía razón… ¡Una estúpida como no puede haber nadie más en este mundo!».

Porque ahora ya tenía que comprenderlo, tenía que saber por qué se había reído Roger Langdon cuando ella había dicho que el asesino les resultaría útil: sabía que jamás capturarían con vida a aquel hombre. Le había enviado una pistola, cierto, pero preparada para un solo tiro auténtico. El resto del cargador estaba preparado para que, al efectuar el segundo disparo, al apretar por segunda vez el gatillo, toda la pistola estallase en la mano del asesino, y, a juzgar por el brillo de la explosión, quizá aquella carga contenía napalm, o algo parecido… Roger Langdon había tenido razón al reírse de ella. Cierto que ya había pensado que también a aquel asesino lo eliminarían a su vez, pero no se le había ocurrido que lo hiciesen allí mismo, delante de todos, en cuanto el hombre hubiese

cumplido su misión… con un solo disparo, que estaban seguros que aquel profesional no podía fallar. Si escapaba después del primer disparo, lo habrían matado ellos. Si las cosas se le ponían mal, el asesino se defendería, y entonces…

«Una grandiosa, colosal estúpida —se dijo de nuevo».

—¡Baby! —oyó tras ella, en el tejado, en la otra vertiente—. ¡Baby!, ¿está bien?

—¡Estoy bien, Simón, no se preocupe! —alzó la voz.

—¡Espere, vamos a…!

Después de esto, un grito de sobresalto, el rodar de un cuerpo por el tejado, una exclamación de dolor…, y finalmente, una maldición que la divina espía identificó en el acto. Se desplazó con agilidad hacia aquella parte, se dejó deslizar sobre las tejas, y llegó junto a Simón-Floristería, que estaba ayudando a Pitzer a ponerse en posición airosa, en el ángulo hundido de las vertientes.

—Vaya, tío Charlie… ¿Qué? ¿Esquiando por los tejados?

—¡Es usted una desagradecida! —tronó Pitzer—. ¡Una gatita desagradecida!

—De acuerdo. Pero, como gatita, sé caminar por los tejados… Y me parece que usted no tiene nada de gatito. ¿Se ha roto algún hueso?

—¡Y yo qué demonios sé!

—Me pregunto —miró Brigitte a Simón—, por qué tiene que enfadarse conmigo tío Charlie.

—Pues por eso que usted ha dicho —sonrió Simón—: porque no es un gato. Si lo fuese, le estaría haciendo la corte a usted, y por mi parte…

—¡Deje ya de decir tonterías, y ayúdeme a bajar de este maldito lugar! —aulló Pitzer—. ¿Y qué hace usted desnuda por los tejados, si puede saberse?

—Estoy tomando el sol —rió la divina—. Será mejor que lo bajemos de aquí, antes de que se enfade más, Simón. A ver, tío Charlie, deme la manita… Estoy impaciente por llegar abajo, y que me digan qué ha pasado.

Abajo les esperaba una noticia que parecía muy mala: el asesino, en efecto, había matado a su pieza, con un solo disparo.

Este es el final

Uno tras otro, fueron llegando los detalles al salón donde debía haberse celebrado la reunión. Una reunión que ya no se celebraría, pues los invitados, en cuanto vieron el cariz que tomaban las cosas, se habían apresurado a despedirse, y no precisamente con frases de cortesía. De tal modo que en la hermosa mansión sólo quedaban, aparte de sus habituales ocupantes, el director de la CIA y personal de este organismo…, que acompañaban al invitado de honor, *mister* YZ, el cual escuchaba también las explicaciones de los agentes, mirando con curiosidad aquel artefacto que uno de ellos había colocado a los pies de Baby.

—Estaba en el tejado —murmuró.

—¿Y eso qué es? —murmuró *mister* YZ.

—Es… un divertido, juguete —sonrió la espía—. ¿Verdad que parece una simple mochila? Yo he usado una cosa de éstas un par de veces. Vea estos dos tubos: contienen una carga de propulsión que es suficiente para poner fuera de nuestro alcance a cualquiera en pocos segundos, volando con plena autonomía. Es decir, que el asesino había sido provisto de este aparatito, que en la CIA llamamos «Jet», para que escapase. Pero, si no escapaba, también estaba prevista su muerte, por medio de la pistola preparada por un… experto llamado Roger Langdon…, que me llamó estúpida con toda razón. Jamás podremos acusar a nadie directamente, porque las cuatro personas que han intervenido en esto no podrán decírnoslo. Tres, porque han muerto. Y el único que queda vivo, Kent Griffin, porque no sabe nada de nada…, a excepción de lo que ya nos dijo, claro… Hay que admitir que los militares, esta vez, lo han hecho muy bien… ¿Han podido sacar algo en claro del cadáver del asesino, Simón?

—No —movió la cabeza el espía—. La explosión lo ha

destrozado completamente. Ni siquiera será posible identificarlo.

—Lo aceptaremos así —suspiró Baby—. De todos modos, sigan buscando, por si encontrasen alguna pista…, cosa que dudo. En cuanto a usted, *mister* YZ, tengo que hacerle una proposición, que espero tenga la cordura de aceptar.

—Creo ser una persona razonable —sonrió el… inventor de la paz.

—Entonces, aceptará. Bien…, ya ve usted cómo están las cosas, ya sabe lo que han tramado militares de todo el mundo, así que no creo que nos sorprendiese que volviesen a intentarlo, ¿verdad?

—Parece probable —murmuró *mister* YZ.

—Le diré lo que tiene que hacer: esta misma noche, tomará usted un avión a Europa. A Roma, concretamente. Irá protegido, desde luego… Una vez en Fiumicino, un hombre se presentará a usted, y le dirá que todo está arreglado. Ese hombre lo llevará a un lugar seguro, le dará todo cuanto le pida, le apoyará en todo. Durante un tiempo, le tendremos escondido, mientras deslizamos sus seis puntos de paz directamente a las Naciones Unidas. Si conseguimos que sean llevados a la práctica, ya no habrá necesidad de matarlo a usted, y podrá volver a presentarse en público.

—¿Y si no lo consiguen?

—Deberá usted seguir estudiando, trabajando en ese… invento llamado paz. Yo le apoyaré, y mis amigos… Hasta que lo consigamos, deberá… conformarse con una vida más bien solitaria. Y no quiero engañarlo: me parece que será por mucho tiempo…

—No me importa. Seguiré luchando por eso, señorita.

Brigitte Montfort sonrió crispadamente.

—Pues ya somos dos —susurró—. ¿Dispuesto a tomar ese avión?

—Sí, cuando ustedes digan… ¿Y ese hombre que ha de esperarme en el aeropuerto de Roma? ¿Es de… confianza? ¿Quién es?

—Llámele Número Uno. Al principio, le parecerá que tiene muy mal carácter, pero no le haga caso —sonrió—. En pocos días, usted le estimará profundamente. Bien, eso es todo…, salvo que mi director tenga algo que añadir. ¿Señor?

El director de la CIA se limitó a mover negativamente la cabeza. Pero en seguida, murmuró:

—Me encargaré personalmente de ponerlo en un avión, *mister*

YZ.

—Gracias. Ah, otra cosa… —*mister* YZ parecía desconcertado en verdad—. He entendido muy bien que ese asesino era… infalible, y que le enviaron fotografías mías… Y no comprendo: ¿cómo ha podido confundirme con el señor Ashbery?

—No se me ocurre —alzó las cejas Brigitte—. A menos que alguien le hubiese tomado unas fotografías a Craig Ashbery, hubiese alcanzado a tiempo a Kent Griffin, y hubiera cambiado, en la caja, las fotografías de usted por las de Craig Ashbery…, por si acaso. Esto es algo sobre lo que tendrán que meditar mucho los posibles futuros traidores. Espero que comprendan la lección. Buen viaje, *mister* YZ. Le visitaré muy pronto.

En el salón, quedaron ya solamente Brigitte Montfort, Charles Alan Pitzer y Simón-Floristería, que comentó:

—Caramba, sí que es cierto que esos militares se habrán llevado un buen susto, con eso de la muerte de Craig Ashbery… Me gustaría saber qué pensarán. ¿Quizá que Ashbery envió su propia fotografía para que le asesinasen?

—No creo —sonrió Baby.

—Entonces, quizá piensen que tienen traidores entre ellos mismos, que deberán pensar mucho las cosas antes de hacerlas, que no se pueden fiar ni entre ellos. Caracoles, yo digo que es una buena lección, realmente.

—Lo que habría que saber —dijo sosegadamente Pitzer— es quién pudo cambiar las fotografías.

Los dos se quedaron mirando a Brigitte Montfort, que encendió un cigarrillo y se estremeció graciosamente.

—¡Zambomba, qué frío he pasado ahí arriba! ¿Decía usted algo, tío Charlie?

—No —sonrió Pitzer—. Mejor dicho, sí, he dicho algo, pero era una pregunta tonta: conozco la respuesta.

—Qué bien —Baby parecía la más ingenua de las criaturas—. ¿No me necesita para nada, entonces?

—Pues no… No.

—Entonces, con su permiso, voy a salir de este… laberinto, y regreso a casita. Tengo que pensar en el modo de apoyar con todas mis fuerzas a *mister* YZ. ¡Menos mal que alguien cambió esas fotografías!, ¿verdad? Pero ya lo dice el refrán: espía prevenido,

vale por dos… ¿O será por veinte? ¿O por cien…?

—Depende —dijo Simón—: algunas espías valen por mil…

FIN